

La ley del leproso

Autor: G. C. Willis

La lepra siempre se consideró como la más repugnante de las enfermedades, la más terrible. No solamente porque el fin de ella es la muerte, sino porque cada parte del cuerpo afectado por ese mal muere realmente mientras el enfermo continúa viviendo. Es pues la lepra, más que cualquier otra enfermedad, una imagen de la muerte y su poder consumiendo la vida. Su comienzo se asemeja al del pecado: es pequeño, insidioso y no se nota ningún síntoma alarmante.

Aviso legal / Derechos:

© Ediciones Bíblicas – 1166 Perroy (Suiza/Switzerland)

Índice

Prefacio del Editor.....	3
El leproso y su llaga.....	4
La llaga de lepra.....	5
En presencia del sacerdote.....	8
Prueba de lepra.....	9
Gravedad del mal.....	11
Llaga en la cabeza.....	13
¡Inmundo, inmundo!.....	14
Totalmente cubierto.....	16
Nueva aparición.....	18
La purificación del leproso.....	21
El sacerdote saldrá fuera.....	22
Dos avecillas vivas y limpias.....	24
Purificación inicial.....	28
Limpieza indispensable.....	30
Fuera de su tienda.....	34
Nuevo recurso del agua y de la navaja.....	36
El octavo día.....	38
Presentación a Jehová.....	38
El cordero del sacrificio por la culpa.....	41
El log de aceite.....	43
El sacrificio por el pecado, el holocausto y el presente de flor de harina.....	45
Aplicación actual.....	47
Mi desdicha, mi desdicha!.....	50

Prefacio del Editor

Este libro fue escrito a petición de un cristiano de la China, después que varias personas hubieron demostrado un gran interés a la explicación que se había dado oralmente sobre el asunto. Salió a luz por primera vez en chino, alrededor de 1938, llevando un mensaje de salvación y de gozo. Muy pronto se difundió por toda la China. En aquel entonces este inmenso país estaba abierto de par en par a la difusión de las verdades cristianas.

Más tarde se tradujo al inglés, al francés y a varias lenguas más. Nos alegra presentar aquí la quinta edición en castellano. Pedimos al Señor que la lectura de este libro sea de mucho provecho, dándonos a conocer más y más el horror del pecado y la inmensa gracia de Dios.

El leproso y su llaga

La Escritura, especialmente el Antiguo Testamento, abunda en figuras maravillosas de nuestro Señor Jesucristo y de las cosas que le conciernen. En el Nuevo Testamento estas figuras son llamadas sombras, como lo leemos en las epístolas a los Colosenses 2:17 y a los Hebreos 8:5; 10:1. Algunas de estas “sombras” son tan precisas y están descritas con tal riqueza de detalles que al leerlas detenidamente nos maravillamos de las enseñanzas que encierran, de su claridad y precisión. Entre todas, sería difícil encontrar una más conmovedora y expuesta con mayor esmero y con rasgos más claros a nuestro espíritu y corazón que «la Ley del leproso» de los capítulos 13 y 14 del Levítico.

La lepra siempre se consideró como la más repugnante de las enfermedades, la más terrible. No solamente porque el fin de ella es la muerte, sino porque cada parte del cuerpo afectado por ese mal muere realmente mientras el enfermo continúa viviendo. Es pues la lepra, más que cualquier otra enfermedad, una imagen de la muerte y su poder consumiendo la vida. Su comienzo se asemeja al del pecado: es pequeño, insidioso y no se nota ningún síntoma alarmante. La descripción bíblica es notable: aparece como una mancha blanca y brillante. Parece no haber motivo para inquietarse; muy al contrario. Al principio presenta cierto atractivo para aquel que está contaminado: «Una mancha blanca y brillante», cuando en realidad la muerte está allí, puesto que “la paga del pecado es muerte” (Romanos 6:23), con la misma seguridad con que el fin de la lepra es la muerte.

La lepra puede declararse en cualquier parte del cuerpo, como también el pecado puede mostrarse bajo diferentes aspectos y en diversas situaciones en las que el pecador es revelado como tal. El individuo es leproso como el ser humano es pecador, con la diferencia agravante que este último nace heredando de sus padres la vieja naturaleza, la que sin remedio lo lleva a pecar. Así, por naturaleza, somos pecadores ante Dios –nuestros pecados lo manifiestan– y declarados tales por su Palabra:

“ Por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores (Romanos 5:19).

Nótese, de paso, que no se trataba de que el leproso fuese curado sino de que fuese **purificado**, ya que la lepra es una notable imagen del pecado ante Dios. Por esta razón el enfermo no debía dirigirse a un médico sino al sacerdote –representante de Dios ante el pueblo– para su examen y purificación.

Como sabemos, el pecado del hombre y su purificación es el gran tema de la Escritura; el Nuevo Testamento lo considera en su realidad, mientras que el Antiguo lo hace por medio de figuras, y, entre éstas, ninguna con tanto poder y tal agudeza como la presentada en los capítulos 13 y 14 del Levítico. Nos sentimos constreñidos a inclinarnos con adoración ante Dios y a reconocer que ninguna mano, salvo la suya, podía pintar tal cuadro; que ningún amor, salvo el suyo, podía concebir semejante medio de purificación.

Podremos descubrir muchas enseñanzas espirituales en la ley del leproso si nos proponemos buscarlas con interés y sin olvidarnos de pedirle a Dios su ayuda para ello. Ante todo, no perdamos de vista que no es el hombre sino Dios mismo quien ha trazado esa maravillosa ilustración. La introducción al tema lo comprueba plenamente, al llevar su divino sello en el primer versículo del capítulo 13: **“Habló Jehová a Moisés y a Aarón...”**. Recordemos, pues, que aquí estamos oyendo las propias palabras del Dios vivo y verdadero.

La llaga de lepra

“**Habló Jehová a Moisés y a Aarón, diciendo: Cuando el hombre tuviere en la piel de su cuerpo hinchazón, o erupción, o mancha blanca, y hubiere en la piel de su cuerpo como llaga de lepra, será traído a Aarón el sacerdote o a uno de sus hijos los sacerdotes (Levítico 13:1-2).**

Una hinchazón, una erupción, una mancha blanca, llaga de lepra... ¡Cuán significativo es esto! **Una hinchazón**, ¿no nos habla del orgullo que hincha el “yo”, quien con suficiencia dice de sí mismo: “Yo, y nadie más”? (Isaías 47:10). “Hemos oído la soberbia de Moab, que es muy soberbio, arrogante, orgulloso, altivo y altanero de corazón” (Jeremías 48:29). ¿No es el orgullo, la raíz y el asiento de tantos pecados y males? Aunque la serpiente anda arrastrándose, fue el medio utilizado por Satanás cuando dijo: “Seréis como Dios...” (Génesis 3:5). Observamos la misma ponzoña en los que edificaron la torre de Babel: “Vamos” –dijeron– “edifiquémonos una ciudad y una torre, cuya cúspide llegue al cielo; y hagámonos un nombre” (Génesis 11:4). ¿No fue también el orgullo herido de Caín lo que le llevó a matar a Abel su hermano?

Alguien ya ha hecho notar que la Escritura señala no menos de cuatro clases de orgullo de los que el mundo entero adolece:

1. El orgullo de la **raza**: “Judíos y samaritanos no se tratan entre sí” (Juan 4:9).

2. El orgullo de la **posición social**: “Si en vuestra congregación entra un hombre con anillo de oro y con ropa espléndida, y también entra un pobre con vestido andrajoso, y miráis con agrado al que trae la ropa espléndida y le decís: Siéntate tú aquí en buen lugar; y decís al pobre: Estate tú allí en pie...” (Santiago 2:2-3).

3. El orgullo de la **belleza física**: “Por cuanto las hijas de Sion se ensoberbecen, y andan con cuello erguido y con ojos desvergonzados; cuando andan van danzando, y haciendo son con los pies...”. ¡Cuántas cosas acompañan esta lepra!: “El atavío del calzado, las redecillas, las lunetas, los collares, los pendientes y los brazaletes, las cofias, los atavíos de las piernas, los partidores del pelo, los pomitos de olor y los zarcillos, los anillos y los joyeles de las narices, las ropas de gala, los mantoncillos, los velos, las bolsas, los espejos, el lino fino, las gasas y los tocados” (Isaías 3:16-22).

4. El orgullo **religioso**: “Dios, te doy gracias” –decía un fariseo– “porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano; ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que gano” (Lucas 18:9-14).

Vemos atacados por esta última clase de hinchazón a los fariseos mencionados en los evangelios; pero recordemos también que los creyentes de Corinto padecían el mismo tumor: “El conocimiento envanece...” –les escribe Pablo. “Y si alguno se imagina que sabe algo, aún no sabe nada como debe saberlo” (1 Corintios 8:1-2). Había otra clase del mismo mal: se envanecían unos contra otros por causa de Pablo o de Apolos (cap. 4:6), destruyendo así el testimonio de la unidad de la Iglesia. Notemos todavía el orgullo de la incredulidad, el que ostenta Faraón, rey de Egipto: “¿Quién es Jehová” –decía– “para que yo oiga su voz?” (Éxodo 5:2); el de la satisfacción propia de Nabucodonosor: “¿No es ésta la gran Babilonia que yo edificué?” (Daniel 4:30); “¡Voz de Dios, y no de hombre!” (Hechos 12:22) aclama la muchedumbre exaltada al oír la arenga pronunciada por el rey Herodes. Reconocemos ese mismo veneno en todos los hombres, el cual se infiltró hasta dentro de la Iglesia, poniendo en peligro, principalmente, a los siervos de Dios: “No sea que envaneciéndose... caiga en descrédito y en lazo del diablo”, escribe el apóstol (1 Timoteo 3:6-7).

¡Una erupción! (o costra, escama). Este síntoma de la enfermedad manifiesta un mal interior, profundo; muchos de entre nosotros la habrá sufrido. Alguien pudo habernos causado una ofensa, el asunto quedó en nuestro corazón y realmente no lo hemos perdonado nunca. Aunque hayamos tratado de disimular la herida, es cual “raíz de amargura” oculta, pronta a surgir para turbar y contaminar a muchos (Hebreos 12:15). Los hermanos de José, a causa de su envidia natural, tenían el corazón recubierto con una gruesa capa de esa costra, que había escondido una

mentira durante muchos años (Génesis 37:31-35). Otra supuraba a menudo en el rey Saúl, quien escondió su odio contra David todos los días de su vida (1 Samuel 18:29). El orgullo de Absalón ocultó su odio contra su hermano Amnón, un llagado como él, hasta que lo hubo matado (2 Samuel 13:28). Herodías jamás le perdonó a Juan el Bautista el hecho de que éste hubiese manifestado el mal que ella tenía en su corazón: el adulterio (Mateo 14:3-5).

¡Una mancha blanca y brillante! Tal puede ser la figura de los “deleites temporales del pecado” a los que la epístola a los Hebreos 11:25 se refiere; Moisés, aunque criado en el palacio de Faraón, supo desecharlos. Así como estas manchas, el pecado ofrece sus placeres ostentando un aspecto brillante; mas, he aquí su verdadero carácter: es seductor, y con su brillo oculta a nuestros ojos su ponzoña satánica. Este lustre no faltaba en el festín del cumpleaños de Herodes, pero después del baile se pidió la cabeza del profeta de Dios. Tampoco faltaba en el gran banquete que hizo Belsasar cuando éste, con el gusto del vino, mandó que se trajesen los vasos que pertenecían al templo de Dios para que bebiesen en ellos el rey y sus príncipes idólatras, sus mujeres y sus concubinas. Bajo ese mismo brillo Babilonia –la falsa iglesia– esconde su fornicación: “La mujer estaba vestida de púrpura y escarlata, y adornada de oro, de piedras preciosas y de perlas, y tenía en la mano un cáliz de oro lleno de abominaciones y de la inmundicia de su fornicación” (Apocalipsis 17:4). El brillo del dinero llevó a Judas a vender a su Maestro; y también, en la antigüedad, Acán pereció por codiciar ese mismo brillo (Josué 7:21).

Recordemos cómo entró en el mundo el primer pecado. Satanás lo presentó a Eva como una mancha lustrosa: el árbol de la **ciencia del bien y del mal** atrajo su atención, vio que era bueno para comer, agradable a los ojos y árbol codiciable para alcanzar la **sabiduría** (Génesis 3:6). ¡Poderosos atractivos! Eva fue tentada y sucumbió. Los corintios se dejaban engañar por esas mismas manchas lustrosas; el apóstol tuvo que escribirles: “Temo que como la serpiente con su astucia engañó a Eva, vuestros sentidos sean de alguna manera extraviados de la sincera fidelidad a Cristo” (2 Corintios 11:3). “¿Dónde está el sabio?... ¿No ha enloquecido Dios la sabiduría del mundo?... el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría” (1 Corintios 1:20, 21). Eran las mismas manchas lustrosas que el apóstol señalaba a los colosenses: “Mirad que nadie os engañe por medio de filosofías y huecas sutilezas” (Colosenses 2:8). Desde el día en que Satanás consiguió producir esas manchas lustrosas, se encarnizó con la Iglesia intentando plagarla con las mismas. El apóstol Juan pone en guardia nuestro corazón contra ellas: “No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo... Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos

de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo” (1 Juan 2:15-16). En 2 Timoteo 4:10, Pablo expresa su tristeza por Demas, quien “amando este mundo”, le había dejado.

En presencia del sacerdote

“Cuando el hombre tuviere en la piel de su cuerpo hinchazón, o erupción, o mancha blanca... será traído a Aarón el sacerdote”. Quisiera llamar la atención sobre la orden dada en este texto: **“Será traído a Aarón el sacerdote”**. Es terminante y formal; la encontramos nuevamente en el capítulo 14:2. Cuando se trata de determinar si un hombre está o no atacado de lepra, o si está o no en estado de ser purificado de ella, todo depende del veredicto sacerdotal.

En este asunto, el enfermo y sus amigos no tienen ninguna autoridad. El atacado con hinchazón, erupción, o mancha blanca podía haber dicho: «Creo que estos síntomas no tienen ninguna importancia... según mi parecer y el de los médicos que he consultado no significan nada». Empero, la primera cosa que ese enfermo debe saber es que su opinión o la de tal o cual persona, **excepto la del sacerdote**, no tiene valor, ni importancia, ni el menor interés. La cuestión reside en esto: ¿qué dice el sacerdote? En nuestro caso sería: ¿qué dice la Palabra de Dios? Tal vez el enfermo no habría querido presentarse allí, sino definir por sí mismo en qué consistía su mal; por eso no está escrito que debía presentarse por sí mismo. La Palabra de Dios ordena terminantemente: **“Será traído al sacerdote”**.

Lector, ¿ha sido usted llevado alguna vez al sumo Sacerdote, el Señor Jesucristo? ¿Fue llevado ante Él como el paralítico del evangelio, a quien cuatro hombres traían en su lecho para ponerlo delante de Jesús? (Lucas 5:18-19). ¿Ha puesto alguna vez su vida bajo la mirada de Aquel cuyos ojos son como llama de fuego? (Apocalipsis 1:14). ¿Hay en su vida cosas que no son loables? ¿Las ha mirado de cerca el sumo Sacerdote? Usted sabe bien que Él las debe declarar impuras. Por medio de sus oraciones sus amigos quizás le hayan llevado varias veces al Señor Jesús. Pero si usted todavía no fue llevado a este Sacerdote, quiera Dios que estas líneas sean el medio que le conduzcan a Él.

Tal vez responda usted: «¡Ah, estas manchas no tienen importancia, es algo pasajero y tengo tiempo para ocuparme de ello...!»». ¿Quién se lo asegura? ¿No será el pecado la misma raíz de ese mal? Sólo el sumo Sacerdote lo puede decir. Vaya a Él, amigo, sin tardar, mientras se le puede hallar, porque llegará el día en que ya no se podrá acudir a Él. Así nos insta el profeta:

“ Buscad a Jehová mientras puede ser hallado, llamadle en tanto que está cercano (Isaías 55:6).

Dios insiste para que usted conozca la verdad ahora. No la ignore. No espere hasta ser echado en el infierno por la eternidad, para comprobar que es demasiado tarde para cambiar de camino. Ya sabe usted que en la presencia de Dios no puede entrar ninguna cosa inmunda (Apocalipsis 21:27).

No tenga usted ningún temor de encontrar al Sacerdote; él no le tratará con dureza ni impaciencia. Al contrario, experimentará que está lleno de amor y de simpatía. Mirará los tumores, las hinchazones, las erupciones que encubren algún antiguo mal; puede ser envidia, soberbia, fornicación. Él verá “la mancha blanca”, ese brillo de la sabiduría humana, o el de la codicia, que usted mira con complacencia; le mostrará que el pecado está escondido detrás de todo esto. Él no hará este examen superficialmente; además sus ojos no se equivocan jamás. Todos los que estuvieron en su presencia quedaron convencidos de que el veredicto era acertado: fariseos, publicanos, mujeres de mala vida, el apóstol Pedro, Zaqueo, la samaritana, etc.; su presencia era la luz que penetraba hasta lo más íntimo de cada uno de ellos. Y si el Sacerdote abrigase alguna duda en cuanto a los síntomas, **encerrará** al enfermo durante siete días; y si éstos no bastasen, lo volverá a hacer durante un segundo período (véase v. 4-6).

Prueba de lepra

Busquemos el sentido espiritual de este notable aspecto del diagnóstico sacerdotal y de la duda que podría surgir en cuanto a los síntomas de la enfermedad. ¿No puso Dios al hombre bajo vigilancia? ¿No le ha dado toda posibilidad de demostrar que no estaba atacado de “lepra”? La misma Escritura responde.

Después de la primera manifestación del pecado en el jardín de Edén, lo que trajo la muerte a toda la raza humana, Dios puso al hombre a prueba, proveyéndole entonces de una conciencia para guiarle; ésta no impidió que Caín matase a su hermano Abel. Transcurrió el tiempo, Dios miró a la tierra; no había cosa ilesa en ella: “Toda carne había corrompido su camino sobre la tierra” (Génesis 6:12), y no hubo otra alternativa que destruir el mal por medio del diluvio. Una sola familia fue salvada: Noé y los suyos, pero ella no era inmune. Empezó otra prueba, apareció una nueva clase de lepra que no tardó en cubrir la tierra: la idolatría; detrás de los ídolos, Satanás se hacía adorar. Entonces Dios llamó a Abraham y a sus descendientes, los apartó de las

naciones idólatras; pero ¡ah!... apareció la misma mancha. Raquel, la esposa de Jacob, la tenía escondida (Génesis 31:32-35). Se extendió más y más (Génesis 35:2-4) y, finalmente, invadió a todo el pueblo de Israel: “Escoged hoy a quién sirváis” –dice Josué–; “si a los dioses a quienes sirvieron vuestros padres, cuando estuvieron al otro lado del río, o a los dioses de los amorreos en cuya tierra habitáis... Quitad, pues, ahora los dioses ajenos que están entre vosotros” (Josué 24:15-23).

Dios hizo otra prueba más, y para que el hombre tratara de mejorarse le dio la Ley; sin embargo, ésta no pudo socorrerle. “Jehová **miró** desde los cielos sobre los hijos de los hombres, para ver si había algún entendido que buscara a Dios. Todos se desviaron, a una se han corrompido” (Salmo 14:2-3).

“ Desde la planta del pie hasta la cabeza no hay en él cosa sana, sino herida, hinchazón y podrida llaga; no están curadas, ni vendadas, ni suavizadas con aceite (Isaías 1:6).

La Ley no tenía los recursos para sanar las heridas: sacerdotes y levitas pasaron de largo delante del herido (Lucas 10:31-32), como tampoco tenía el poder de cambiar el corazón del pecador; por la Ley el pecado fue hecho “sobremanera pecaminoso” (Romanos 7:13).

Una vez más, y por último, Dios probó al hombre enviando a su Hijo muy amado. Pero –¿quién lo hubiera creído?– apareció entonces la “lepra” más horrible que jamás hubo: el hombre **dio muerte** al Señor. Desde entonces, ¿qué dice Dios? Que las pruebas han concluido, pues los resultados son terminantes; es inútil probar al hombre por más tiempo. En la inocencia, con su conciencia, con las promesas de Dios, con la Ley, con la presencia de Cristo en el mundo, con la gracia actual o con la gloria milenial futura, bajo esta séptupla prueba, el hombre en Adán no puede sanar su “lepra” ni cambiar su naturaleza: es pecador, sentenciado a muerte, desechado. No hay nada más que decir: el sumo Sacerdote ha declarado inmundo a todos los miembros de la raza humana, por lo tanto... a usted también.

Sí, el Sumo Sacerdote nos mira y nos declara pecadores perdidos. No podemos replicar nada sino reconocer nuestro estado pecaminoso. Hemos sido llevados ante la mirada de Dios; Él vio que la llaga de nuestro cuerpo era lepra, y también que el pelo que brota se había “vuelto blanco” (v. 4). ¿Qué significa esto? Es una señal de corrupción y de muerte, a la que seguirá el juicio y, después de éste, la muerte segunda (Apocalipsis 20:14).

Gravedad del mal

“Si... pareciera la llaga más profunda que la piel de la carne...” (Levítico 13:3). No es, pues, solamente un mal superficial el que ha atacado. Es mucho más hondo: su raíz **está en nuestro corazón**. Y a ese corazón el Sumo Sacerdote lo ha declarado: **“Engañoso... más que todas las cosas, y perverso”**; (Jeremías 17:9). Dios sabe que no estamos dispuestos a creer que nuestro caso es tan desesperado; no podemos comprender ni admitir que nuestra lepra esté tan avanzada, que es incurable; sin embargo, tal es nuestra condición. ¿Permitiremos que la Palabra de Dios nos convenza? Veamos, a continuación, algunas referencias bíblicas que muestran otras tantas actitudes de personas convencidas de pecado:

–El gobernador romano Félix, con Drusila su mujer, al oír disertar a Pablo acerca de la justicia, del dominio propio y del juicio venidero, espantado, le dice: “Ahora vete; pero cuando tenga oportunidad te llamaré” (Hechos 24:25).

–“Si alguno es oidor de la Palabra pero no hacedor de ella, éste es semejante al hombre que considera en un espejo su rostro natural... y se va, y luego olvida cómo era” (Santiago 1:23-24).

–“El que de vosotros esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra contra ella... Pero ellos, al oír esto, acusados por su conciencia, salían uno a uno, comenzando desde los más viejos hasta los postreros” (Juan 8:7, 9).

Y ahora la que debemos elegir si somos conscientes de nuestro estado irremediabilmente perdido:

–“Viendo esto Simón Pedro, cayó de rodillas ante Jesús, diciendo: Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador” (Lucas 5:8).

Hace algunos años mientras cenaba con un médico que era una eminencia en la materia, me contó que un joven había ido a consultarle unos días antes y le había mostrado en su mano una llaguita que no cicatrizaba. El doctor le interrogó, le examinó la mano y comprobó que era una llaga de lepra. Erguido y aparentemente en buena salud, casado y con hijos pequeños, el joven estaba a cien leguas de sospecharse leproso. Todavía veo correr las lágrimas del médico mientras me contaba este caso que le hacía sentir tan intensa pena por el desdichado joven a quien debió declarar leproso... Cuánto mayor fue el dolor del divino Médico al ver al ser humano, su criatura, sumida en la esclavitud de la muerte como consecuencia del pecado. Él no se contentó con derramar lágrimas, sino que “tomó nuestras enfermedades, y llevó nuestras dolencias” (Mateo 8:17; Juan 11:33-35).

Nuestro sumo Sacerdote nos ha declarado inmundos. Él no se equivoca, y además nos ama demasiado para pronunciar tan terrible veredicto si nuestro estado no lo corroborara. Su diagnóstico es la pura verdad; no cambiará hasta que él mismo nos haya purificado. Uno puede haber dicho: «No tengo la menor idea de estar tan arruinado, ignoro que voy camino al infierno, tengo tiempo de arreglar todos estos asuntos». Tal vez algunos de nosotros hayan leído la historia del hermano P. Damien. Durante largos años se dedicó a atender a los leprosos de Molokai en las islas Hawaii. Pero una noche, mientras tomaba un baño de pies, le cayó agua hirviendo sobre los dedos y no sintió ningún dolor. Vio, sin embargo, que no tardaron en aparecer ampollas. Comprendió inmediatamente que había contraído lepra; sabía que uno de los primeros síntomas es la pérdida de sensibilidad de las partes afectadas. Unos años más tarde murió el hermano Damien totalmente cubierto de ese mal incurable.

Se puede clavar una aguja en la parte afectada por la lepra sin que el enfermo sienta algo. La lepra le privó de toda sensibilidad, tal como el ser humano puede continuar en el pecado sin saber que es pecador, “teniendo cauterizada la conciencia” (1 Timoteo 4:2). Además, después de perder “toda sensibilidad”, se entrega “a la lascivia para cometer con avidez toda clase de impureza” (Efesios 4:19). En una predicación del Evangelio al aire libre en la esquina de una calle, se trataba de convencer de pecado a los oyentes; cuando un alocado joven interrumpió al predicador: –¿Del fardo del pecado habla usted? Pues yo no lo siento... Y burlonamente agregó: –¿Cuánto pesa el pecado? ¿Diez kilos, cien kilos?... Con calma y sabiduría el predicador contestó: –Oiga joven, si usted colocara diez o cien kilos sobre el pecho de un muerto, ¿lo sentiría él? –No, porque está muerto –contestó. –Pues, es usted un muerto –prosiguió el predicador–; el que no siente el fardo de sus pecados está moralmente muerto.

El leproso sabe que es inmundo porque el sacerdote se lo dijo; así también el ser humano sabe que es pecador porque la Palabra de Dios se lo declara. Toda opinión propia o la de un amigo en cuanto al asunto se deja a un lado.

Cuando las autoridades locales de las islas Hawaii decidieron apartar a los leprosos a un terreno montañoso conocido con el nombre de Kalawao en la isla de Molokai –donde trabajaba el hermano Damien– se promulgó un edicto para que, de oficio, toda persona en quien se descubriera el más pequeño rasgo de lepra, joven o anciana, rica o pobre, de elevado rango o de clase humilde, fuese deportada. La ley se aplicó con el mayor rigor en todas las islas del archipiélago hawaiano; todos los leprosos y aun los sospechosos de serlo fueron capturados: los hijos fue-

ron arrancados de sus padres y los padres de sus hijos; maridos y mujeres fueron separados para siempre. No hubo excepciones para nadie; ni siquiera para un pariente cercano de la reina de Hawaï, el que fue uno de los primeros en ser tomado y deportado.

Dios no es menos santo; he aquí precisamente lo que exige su santidad si el pecado no es quitado: maridos y mujeres, padres e hijos, amigos muy queridos, serán separados para siempre; “Jehová habló a Moisés, diciendo: Manda a los hijos de Israel que echen del campamento a todo leproso... así a hombres como a mujeres echaréis; fuera del campamento los echaréis... Y lo hicieron así los hijos de Israel, y los echaron fuera del campamento; como Jehová dijo a Moisés...” (Números 5:1-4). Lucas 17:34-36 nos dice:

“ Estarán dos en una cama; el uno será tomado, y el otro será dejado. Dos mujeres estarán moliendo juntas; la una será tomada, y la otra dejada. Dos estarán en el campo; el uno será tomado, y el otro dejado...”

“Mas los perros estarán fuera, y los hechiceros, los fornicarios, los homicidas, los idólatras, y todo aquel que ama y hace mentira” (Apocalipsis 22:15). ¿En qué situación se encuentra usted, lector?

Llaga en la cabeza

Detengámonos un momento en los versículos 29-30 y 43-44 de nuestro capítulo. Son extremadamente solemnes y deberían hablar elocuentemente en los tiempos en que vivimos: “Y al hombre o mujer que le saliere llaga en la cabeza, o en la barba, el sacerdote mirará la llaga; y si pareciere ser más profunda que la piel, y el pelo de ella fuere amarillento y delgado, entonces el sacerdote le declarará inmundo; es tiña; es lepra de la cabeza o de la barba”.

Podemos hallar un llamativo ejemplo de lepra de la cabeza en la persona del rey Uzías. Llevado por el orgullo tumefacto de su corazón, quiso ocupar el lugar que sólo pertenecía a los sacerdotes.

“ Su corazón se enalteció para su ruina; porque se rebeló contra Jehová su Dios, entrando en el templo de Jehová para quemar incienso en el altar del incienso... y en su ira contra los sacerdotes, la lepra le brotó en la frente... (2 Crónicas 26:16-20).

El orgullo y sobre todo el de la inteligencia es uno de los motivos de la lepra en la cabeza. Una falsa doctrina, predicada muy sinceramente, hasta con apariencia de humildad, es la “lepra” que muchos presentan hoy día; dichos “enfermos” tienen su opinión propia, ignoran voluntariamente la Palabra de Dios o la interpretan a su modo de ver fiándose en su propia capacidad intelectual; están muy lejos de creer que son “ciertamente inmundos”. Sin embargo, tal es la expresión que el Espíritu Santo emplea aquí.

Entre los ejemplos de “lepra” que las epístolas a los Corintios mencionan, además de la hinchazón y la mancha blanca, encontramos también la que brotó en la cabeza. Se había infiltrado entre ellos una falsa doctrina: “Si se predica de Cristo que resucitó de los muertos, ¿cómo dicen algunos entre vosotros que no hay resurrección de muertos?” (1 Corintios 15:12). Otro ejemplo de la misma “lepra” es notado en la segunda epístola a Timoteo, capítulo 2: “Evita profanas y vanas palabrerías; porque conducirán más y más a la impiedad; y su palabra carcomerá como gangrena; de los cuales son Himeneo y Fileto, que se desviaron de la verdad, diciendo que la resurrección ya se efectuó...” (v. 16-18). “Y de la manera que Janes y Jambres resistieron a Moisés, así también éstos resisten a la verdad; hombres corruptos de entendimiento...” (2 Timoteo 3:8). Tal es la “lepra” de la cabeza; ¡cuántos casos han surgido desde entonces! A nosotros nos toca discernirlos: “No creáis a todo espíritu” –advierte el apóstol Juan– “sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo” (1 Juan 4:1; véase 2 Pedro 2:1).

¡Inmundo, inmundo!

“ Y el leproso en quien hubiere llaga llevará vestidos rasgados y su cabeza descubierta, y embozado pregonará: ¡Inmundo! ¡inmundo! Todo el tiempo que la llaga estuviere en él, será inmundo; estará impuro, y habitará solo; fuera del campamento será su morada (v. 45-46).

Estas palabras desgarradoras expresan la realidad en la que se encuentra el pecador. Es posible que hasta aquí él haya podido ocultar la lepra encubriéndola con su ropa; pero ahora esos vestidos deben ser rasgados, nada puede disimular su mal: “Todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta” (Hebreos 4:13). Cuando Adán vio por primera vez su “mancha de lepra” y se dio cuenta de su impureza, trató de cubrirla con hojas de higuera; pero ¡qué inútil fue! Ante Dios –quien había venido a buscarle– se ve obligado a confesar: “Oí tu voz en el huerto, y tuve miedo, porque estaba desnudo; y me escondí” (Génesis 3:10).

¡Cuán desgraciado es el pecador que como Caín intente responder a Dios con una mentira! Acababa de matar a Abel cuando Dios le preguntó: “¿Dónde está Abel tu hermano? Y él respondió: No sé. ¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?” (Génesis 4:9).

¡Pobre pecador! sus vestidos están deshechos, todas sus justicias, sus buenas obras son como trapos de inmundicia ante Dios (Isaías 64:6). Cada mancha de pecado, aun la más pequeña, queda expuesta enteramente a la mirada divina. Dios mismo había ordenado, si un marido sospechaba que su mujer le era infiel, que la llevase al sacerdote; luego éste tenía que descubrirle la cabeza. Entonces quitándole el velo, no quedaba nada debajo de lo cual ella podía ocultar su mancha. “Hará el sacerdote estar en pie a la mujer delante de Jehová, y descubrirá la cabeza de la mujer...” (Números 5:14-18). Estos ejemplos nos revelan la posición más espantosa en la que el ser humano se halla ante Dios; entre él y los cielos no hay ningún abrigo; toda la ira de un Dios que odia el pecado está sobre su cabeza desnuda (Juan 3:36). Mientras que un feliz rescatado puede exclamar: “Tu pusiste a cubierto mi cabeza...” (Salmo 140:7), el leproso, por su parte, debe despojarse de todo lo que puede ocultarlo. Amado lector, ¿está usted al abrigo de la ira de Dios? Si no es así, entonces deja expuestas ante el ojo divino todas las manchas que Su santidad debe castigar.

“Y embozado pregonará: ¡Inmundo! ¡inmundo!...” (v. 45). La cabeza del leproso debe permanecer desnuda; pero, en cambio, él tiene que taparse la boca, pues hasta el mismo aliento del enfermo puede contaminar a su semejante: “Sepulcro abierto es su garganta; con su lengua engañan. Veneno de áspides hay debajo de sus labios; su boca está llena de maldición y de amargura” (Romanos 3:13-14). No hay ni la menor insinuación de que, por sus propios esfuerzos, el leproso pueda volverse apto para estar en la presencia de Dios. No, hasta para los que gozan de buena salud su compañía es intolerable. Hay solamente un grito, grito triste y doloroso que emite en forma de advertencia: ¡Inmundo! ¡inmundo! Y ¡qué loca la pretensión del pecador que quiera ostentar santidad, cuando de su propio aliento no sale otra cosa que corrupción! Esto es ser “semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera, a la verdad, se muestran hermosos, mas por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia” (Mateo 23:27), “... muertos en delitos y pecados” (Efesios 2:1). Tal es la verdad: “Hiede ya, porque es de cuatro días” (Juan 11:39).

Totalmente cubierto

“Mas si brotare la lepra cundiendo por la piel, de modo que cubriere toda la piel del llagado desde la cabeza hasta sus pies, hasta donde pueda ver el sacerdote, entonces éste le reconocerá; y si la lepra hubiere cubierto todo su cuerpo, declarará limpio al llagado; toda ella se ha vuelto blanca, y él es limpio” (v. 12-13).

Nos hallamos aquí ante una de las más extraordinarias declaraciones. Algunos meses o años atrás, el enfermo que sólo tenía una pequeña hinchazón, una erupción o una mancha blanca, había sido llevado al sacerdote. Éste lo había declarado inmundo, y el leproso había tenido que salir fuera del campamento. Pero ahora que se halla **totalmente** cubierto de lepra, el sacerdote le declara limpio. ¡Qué extraño es esto! ¿verdad? ¿Qué significa?

Pues bien, nos habla del pobre pecador que ¡nada puede alegar en favor suyo! Gracias a Dios, en su Palabra son muchos los ejemplos de “leprosos” enteramente **cubiertos de lepra**.

“ Sucedió que estando él en una de las ciudades, se presentó un hombre lleno de lepra, el cual, viendo a Jesús, se postró con el rostro en tierra y le rogó, diciendo: Señor, si quieres, puedes limpiarme. Entonces, extendiendo él la mano, le tocó, diciendo: Quiero, sé limpio. Y al instante la lepra se fue de él (Lucas 5:12-13).

Ninguna persona que esté llena de lepra, o llena de pecado, necesita esperar más tiempo para ser limpiada. El Señor está aquí para remediar dicha condición. Véase otro ejemplo: “Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador” exclama Simón Pedro al descubrir, en presencia del Señor, que es enteramente pecador (Lucas 5:8). Así como no se puede añadir nada más a un recipiente que desborda, de la misma manera, nada bueno cabe en un hombre lleno de pecado. El pecador consciente de serlo descubre la diferencia que existe entre él y el Dios santo. Escuchemos a uno de los malhechores crucificado al lado de Jesús; considera a Cristo de igual a igual: “Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros”. ¡Tremenda injuria! Oigamos ahora a su compañero: “¿Ni aun temes tú a Dios, estando en la misma condenación? Nosotros, a la verdad, justamente padecemos, porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos; mas éste ningún mal hizo” (Lucas 23:39-43). He aquí la confesión de un pecador perdido. Se reconoce enteramente cubierto de “lepra” y discierne la diferencia entre él y Cristo.

“¡He pecado contra el cielo y contra ti!” exclama el hijo pródigo en presencia de su padre... Pero en casa, en la mesa, aprende algo más todavía sobre su condición anterior; de los labios mismos de su padre puede oír estas palabras: “Este mi hijo muerto era, y ha revivido; se había perdido, y es hallado” (Lucas 15:18-24).

“Sé propicio a mí, pecador...” exclama el publicano en presencia de Dios (Lucas 18:13). Por consiguiente vuelve a su casa justificado.

“Entonces una mujer de la ciudad, que era pecadora, al saber que Jesús estaba a la mesa en casa del fariseo, trajo un frasco de alabastro con perfume; y estando detrás de él a sus pies, llorando, comenzó a regar con lágrimas sus pies, y los enjugaba con sus cabellos; y besaba sus pies, y los ungía con el perfume... Él dijo a la mujer: Tu fe te ha salvado, vé en paz” (Lucas 7:37-50).

“He aquí que yo soy vil; ¿qué te responderé? Mi mano pongo sobre mi boca”. Más tarde añade: “Por tanto me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza” (Job 40:4; 42:6). Al instante fue justificado.

A este mismo tenor, tenemos la notable experiencia de Isaías: “¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos”. Inmediatamente se oye la respuesta del ángel: “Es quitada tu culpa, y limpio tu pecado” (Isaías 6:5 y 7).

Incluso David pasó por semejante experiencia:

“ Yo reconozco mis rebeliones, y mi pecado está siempre delante de mí... Purifícame con hisopo, y seré limpio; lávame, y seré más blanco que la nieve
(Salmo 51:3-7).

Todos estos ejemplos son idénticos y concluyentes: Pedro, Pablo, David, Isaías, Job, etc., todos siguieron el mismo camino, todos descubrieron que eran “leprosos”, llenos de lepra, desde la cabeza hasta la planta de sus pies; por consiguiente, ninguno de ellos estará en el cielo mediante sus buenas obras. Pues bien, lector, ¿podría usted hallar éxito donde todos fracasaron? Todos estaban perdidos, en camino al infierno, condenados; pero, vencidos, tomaron el lugar que el hombre debe ocupar ante Dios para obtener el perdón y la salvación. Únicamente al tomar ese mismo lugar hallará usted la limpieza de sus pecados: “Yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien... ¡Miserable de mí! ¿quién me libraré de este cuerpo de muerte? Gracias doy a Dios, por Je-

sucristo Señor nuestro” (Romanos 7:18, 24). Feliz el pecador que puede exclamar: “Él mira sobre los hombres; y al que dijere: Pequé, y pervertí lo recto, y no me ha aprovechado, Dios redimirá su alma para que no pase al sepulcro, y su vida se verá en luz” (Job 33:27-28).

Entre la falange de rescatados que entrará en el cielo, será imposible hallar una sola persona que pueda decir: «Me limpié por mis propios medios... he venido aquí por mis buenas obras». El cántico allá arriba, sólo exaltará la inmensa gracia de Dios que por la obra redentora cumplida en la cruz, abrió la fuente que limpió nuestra lepra.

¡Venga usted ahora, tal como es, ante el Sacerdote lleno de gracia!... Él le espera; más aún, Él le llama: “Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta: si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana” (Isaías 1:18). Dios sabe que usted está lleno de lepra, pero a usted le corresponde reconocerlo y tomar el lugar de un pecador perdido...

Nueva aparición

Todavía una palabra más mientras consideramos al leproso totalmente cubierto de su mal. Lee-mos: “Mas el día que apareciere en él la carne viva, será inmundo. Y el sacerdote mirará la carne viva, y lo declarará inmundo. Es inmunda **la carne viva**; es lepra” (v. 14-15).

Esta nueva aparición de la carne viva en el leproso representa el caso de un individuo que reconociéndose pecador continúa viviendo en el pecado; está todo cubierto de lepra, pero la “carne viva”, es decir el pecado, está en actividad en él. Sorprende hallar en las Escrituras tales casos. Hombres que se saben pecadores, que incluso dicen: “He pecado” y, sin embargo, no son perdonados. Al lado de los que tomaron sinceramente el lugar de pecadores delante de Dios, beneficiándose así de los efectos de una amplia gracia, hallamos quienes dicen, como Faraón, el rey de Egipto: “He pecado esta vez; Jehová es justo, yo y mi pueblo impíos” (Éxodo 9:27; 10:16); o como Balaam: “He pecado, porque no sabía que tú te ponías delante de mí en el camino” (Números 22:34); o Acán: “Verdaderamente yo he pecado...” (Josué 7:20); o Saúl: “Yo he pecado; pues he quebrantado el mandamiento de Jehová” (1 Samuel 15:24). Éstos, a pesar de haber reconocido su pecado, cayeron bajo el castigo de Dios; admitieron que eran pecadores, pero su “carne” continuaba viva, el pecado seguía activo en ellos. No demostraban odio contra él ni deseaban abandonarlo; por lo que no estaban verdaderamente arrepentidos. Son los que menciona el Nuevo Testamento como aquellos que pisotean “al Hijo de Dios”, teniendo “por inmunda la sangre del

pacto en la cual fueron santificados”, haciendo “afrenta al Espíritu de gracia” (Hebreos 10:29). “Su postrer estado viene a ser peor que el primero” (2 Pedro 2:20-21); “el espíritu inmundo” los dejó por un tiempo, pero vuelve con siete espíritus peores que él (Lucas 11:24, 26).

Es solemnemente instructivo comprobar las alternativas de odio y remordimiento que sentía el rey Saúl; pero remordimiento no es arrepentimiento, el cual siempre va aparejado con la fe. El arrepentimiento aparta del pecado y la fe se vuelve hacia Dios. Si conozco la maravillosa gracia de Dios que me tomó a mí, pobre pecador, y que me sacó de mi triste condición, me purificó, me perdonó y me llevó hacia él, esta gracia produce en mí un deseo ardiente de vivir en una santa conducta en la cual el pecado no tenga más dominio sobre mí. “El pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia” (Romanos 6:14). Tengo el poder que me da la Gracia, y no el débil instrumento que me presta la Ley. Pero si dejo que el pecado actúe libremente en mí, demuestro que soy extraño a la gracia de Dios que me purificó y perdonó, porque “el que practica el pecado es del diablo” (1 Juan 3:8).

Esto no significa que después de haber sido salvos no pecaremos más. El mismo apóstol nos previene:

“ Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros (1 Juan 1:8).

Observemos que no engañamos a Dios –Él sabe perfectamente que tenemos pecado–, ni a nuestros semejantes –ellos también lo ven–, sino solamente a nosotros mismos. Por otra parte la “carne viva” que aparece no significa que si pecamos es prueba de que nunca fuimos salvos. ¡Cuántas veces el diablo atormenta a jóvenes cristianos con esa clase de temor! Sucede que una oveja puede caer en un foso y ensuciarse mucho, pero no por esto deja de ser una oveja. Será una oveja desgraciada hasta que salga y limpie su vellón. En cambio, una cerda se deleitará en el sucio barro del foso; a ésta le gusta la suciedad, mientras que la oveja le tiene aversión.

La diferencia proviene de dos naturalezas distintas que no pueden cambiar ni mezclarse jamás, y que tenemos en nosotros: la vieja, adámica, que por la cruz podemos tener por muerta al pecado (Romanos 6:11); y la nueva, que es Cristo en nosotros: “A todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios” (Juan 1:12-13). Todo aquel que ha nacido de nuevo está limpio desde adentro: “Ya vosotros estáis limpios por

la palabra que os he hablado” (Juan 15:3); “mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios” (1 Corintios 6:11). Dios nos ha comunicado una nueva naturaleza, pura y santa, que tiene horror al pecado y lo rechaza. El apóstol Juan escribe: “Amados, ahora somos hijos de Dios...” –ésta es nuestra nueva naturaleza– “y aun no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es. Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro” (1 Juan 3:2-3). Si el que ha nacido de nuevo, el cual tiene esta esperanza, ha caído en un pecado, no se sentirá feliz hasta que haya sido limpiado y restaurado. David, después de su caída, exclama: “Ten piedad de mí, oh Dios, conforme a tu misericordia; conforme a la multitud de tus piedades borra mis rebeliones”.

“ Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad (Salmo 51:1; 1 Juan 1:9).

La purificación del leproso

El Señor mismo dijo:

“ Muchos leprosos había en Israel en tiempo del profeta Eliseo; pero ninguno de ellos fue limpiado, sino Naamán el sirio (Lucas 4:27).

¿Por qué, pues, no habían aprovechado las precisas y detalladas instrucciones consignadas en un largo capítulo del Antiguo Testamento en cuanto al medio por el cual la lepra de un israelita podía ser purificada?

Responder a esta pregunta da pie a otra: en nuestra época millares de pecadores podrían ser salvos, ¿por qué no lo son, si Dios ha provisto los medios para su salvación?

“**Y habló Jehová a Moisés, diciendo...**”. Con estas palabras Dios introduce el tema de la purificación del leproso tal como lo había hecho para el diagnóstico de la lepra. Estas instrucciones relativas a la purificación son, pues, las mismas palabras del Dios viviente, fieles y verdaderas. Oigámoslas de todo corazón: “Ésta será la ley para el leproso cuando se limpiare: **Será traído al sacerdote**” (Levítico 14:2).

¿Recuerda usted el día en que esta hinchazón, erupción, o mancha blanca apareció sobre su cuerpo y fue llevado al sacerdote? No puede olvidar el tétrico veredicto... ni el día en que descubrió que era un pecador. Pensaba entonces como muchos: «No soy tan malo como tal o cual»; pero sabía, sin embargo, que llevaba escondida la llaga que conduce a la muerte. Al comienzo, podía cubrir el mal con sus ropas, mas tuvo que salir fuera del campamento con los vestidos rasgados y la cabeza descubierta, gritando: «¡Inmundo! ¡Inmundo!»

Después, el mal se extendió cubriéndole la cabeza, el cuerpo, los miembros, invadiéndolo todo; se volvió “**todo blanco**”. ¡Terrible condición cuando, con un alfiler, no se puede pinchar un solo punto que no haya sido cubierto por la lepra!

¿Qué sucede entonces? Puede ser que un amigo le encuentre fuera del campamento, triste, abatido, sin esperanza... le mire de arriba abajo, esboce una sonrisa y diga:

–Todo tu cuerpo está cubierto de lepra. Ven, pues, te llevaré al sacerdote para que seas limpiado...

Entonces, usted responde:

–No, no hay esperanza para mí, estoy peor que nunca; no hay ningún leproso tan enfermo como yo. Mira, estoy completamente cubierto por esta enfermedad.

–Es cierto, lo veo –responde su amigo–, por eso mismo te hallas en condición de ser purificado; ven enseguida al sacerdote.

¿Tenemos parientes o amigos que no sean salvos? Si es así, ¿hemos rogado por ellos? ¿Los hemos llevado a escuchar el Evangelio en alguna oportunidad? Éstos son benditos privilegios que tenemos los que hemos sido limpiados, y que usamos demasiado poco. Que el Señor nos conceda el deseo de ser cada vez más fieles en lo concerniente a nuestros amigos inconversos, que no son en realidad más que pobres leprosos alejados de la presencia de Dios.

Con relación al supuesto encuentro del leproso y su amigo, no puedo resistir al deseo de evocar la breve pero deliciosa escena en la cual vemos a un discípulo ocupándose precisamente en ese servicio. Se trata de Andrés. Una noche conoció al Señor; y ¿qué aconteció después? “Éste halló **primero** a su hermano Simón” (Juan 1:41). ¡Cuánto me agrada esta expresión: primero! Hacía tiempo que había pasado la hora décima; sin embargo, Andrés no se preocupa por ir a comer o a descansar. Va en busca de su propio hermano; y cuando lo halla ¿qué hace?, le trae a Jesús.

En los evangelios no se habla mucho de Andrés, pero Simón Pedro, su propio hermano, que fue conducido por él a Jesús, es el discípulo que nos ha hecho tanto bien. Andrés parece haberse especializado en esta clase de servicio; lo volvemos a encontrar en el capítulo 6:8 del mismo evangelio, llevando a un joven a la presencia de Jesús. Más tarde lo vemos con Felipe, conduciendo a algunos griegos hacia el Señor, a quien deseaban ver (Juan 12:22). ¡Tarea feliz y fructífera! Que el Señor nos dé el poder para realizarla, llevándole almas una tras otra. ¡Cuán importante es la actuación del amigo que lleva un leproso al sacerdote! Quizá sea desconocido, anónimo, apenas mencionado; no obstante, ese amigo es el eslabón de una cadena, sin el cual el pobre inmundo no podría ser limpiado.

El sacerdote saldrá fuera

Acabamos de ver al leproso y a su amigo dándose prisa en el camino que los conduce al sacerdote; pero detengámonos un instante; no olvidemos que el enfermo no puede pasar los límites del campamento: está impuro. ¿Cómo podrá acercarse a la morada del sacerdote que habita en la casa de Dios, en el centro mismo del campamento? Mas ¡qué dicha! Dios mismo proveyó un medio para que el encuentro pudiera tener lugar: el sacerdote “**saldrá fuera** del campamento...” nos dice el versículo 3. El Señor Jesucristo, nuestro sumo Sacerdote, salió del seno de su gloria,

descendió a este triste mundo de pecado y, como nos dice el evangelio, “cargando su cruz, salió al lugar llamado de la Calavera” (Juan 19:17). Sí, pobre pecador manchado, el Sacerdote le vio venir a usted y salió a su encuentro “fuera de la puerta” donde Él padeció (Hebreos 13:12).

*Príncipe de paz eterna, gloria a Ti, Señor Jesús,
De tu heredad paterna nos trajiste vida y luz:
Has tu majestad dejado, y buscarnos te has dignado;
Para darnos el vivir, en la cruz fuiste a morir...*

“Entonces éste” –el sacerdote– “le reconocerá; y si la lepra hubiere cubierto todo su cuerpo, declarará limpio al llagado; toda ella se ha vuelto blanca, y él es limpio” (cap. 13:13; 14:3).

La penetrante mirada del sacerdote examina nuevamente al leproso; la primera vez le escudriñó para ver si tenía una mancha de lepra y, confirmándolo, tuvo que declararle inmundo. Ahora, el sacerdote debe asegurarse de que ninguna parte de su cuerpo haya quedado sin lepra; y siendo así, puede declararle limpio. **Antes** trataba de descubrir si se hallaba exento del terrible mal; **ahora**, debe asegurarse de que está completamente cubierto de lepra.

El Señor Jesús sondea a aquel que se le acerca. ¿Viene este individuo a Él realmente como pecador, culpable, sin esperanza, o como el joven rico del Evangelio? (Marcos 10:17). ¿Tiene algo que argumentar en favor suyo? ¿Está cubierto de pecado? El Señor lo ve ante su misma presencia, pues ha venido hasta donde está el pecador, y le pregunta: “¿Quieres ser sano?” (Juan 5:6). Si es un pecador convencido de estar cubierto de su mal, es decir, de pecado, exclamará como lo hizo en otro tiempo el apóstol: “Yo sé que en mí... no mora el bien... ¡Miserable de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?” (Romanos 7:18-25). **El sacerdote lo “examinará”** y si se halla realmente en este estado podrá ser declarado limpio, salvo. En presencia del Salvador exclamará: “Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro”. Es el instante en que el buen Pastor toma a su oveja perdida, la pone sobre sus hombros y gozoso emprende el camino de regreso a casa.

El leproso está curado desde el instante en que se encuentra absolutamente cubierto de lepra. No obstante, para gozar de esta curación debe someterse a los diferentes actos de su **purificación**. Así es para el pecador; la absoluta convicción de pecado lo lleva al arrepentimiento:

“ De oídas te había oído; mas ahora mis ojos te ven. Por tanto me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza (Job 42:5-6).

El hijo pródigo es salvo cuando, arrepentido, y sollozando, se arroja a los brazos de su padre y exclama: “He pecado contra el cielo y contra ti...”. Luego, el padre hace vestir a su hijo con el mejor vestido y lo introduce en su casa. Así también el pecador arrepentido lleva vestiduras de salvación y, rodeado del manto de justicia (Isaías 61:10), tiene entrada al Padre (Efesios 2:18). Tal es el sentido de la purificación, que **tiene por objeto** nuestra comunión con Dios en sus mismos atrios.

Dos avecillas vivas y limpias

He aquí pues al leproso bajo la mirada del sacerdote, quien no encuentra sobre su cuerpo ni un solo lugar sin lepra. ¡Qué gozo, está curado! Usted que ha seguido hasta aquí el camino del leproso en su desgracia, ¿quiere prestar completa atención acerca de lo que debe hacer para su purificación? Escuche, el sacerdote da una orden: “Mandaré luego que se tomen para el que se purifica dos avecillas vivas, limpias, y madera de cedro, grana e hisopo” (v. 4).

El leproso es demasiado pobre para procurarse las avecillas y las demás cosas necesarias para el sacrificio, por ese motivo no se las pide a él; el sacerdote ordena que otro las traiga. Ni aun los ricos poseen los elementos necesarios para su purificación; por eso Dios no se los pide. Por la misma razón, en la antigüedad, Abraham respondió a su hijo Isaac: “Dios se proveerá de cordero para el holocausto” (Génesis 22:7-8). Dios es quien provee siempre para el sacrificio; nosotros, pobres pecadores, moriríamos en nuestros pecados si tuviéramos que buscar el sacrificio conveniente, porque jamás lo encontraríamos. La Palabra de Dios dice: “El sacerdote mandará luego que se tomen **para el que se purifica...**” (v. 4). El amor de Dios proveyó todo lo necesario para la purificación del pecador. Él procuró las dos avecillas vivas y limpias. Las dos juntas forman una sola y llamativa figura de Aquel que descendió del cielo, nuestro Salvador y Señor Jesucristo (Juan 3:13; Proverbios 8:30).

Contemplemos un momento esta escena: “Mandaré el sacerdote matar una avecilla en un vaso de barro sobre aguas corrientes...” (v. 5). Aquí el leproso es solamente un espectador, mientras que otro, no solamente procura la ofrenda, sino que también la degüella. Un vaso de barro, y en este vaso una avecilla limpia, sin defecto. Los cielos son la morada de esa avecilla. Mas ella descendió, dejó su habitación celestial por esta pobre tierra y fue inmolada en un vaso de barro. ¡Sorprendente imagen de nuestro Salvador! Él dejó su morada celestial, dejó su trono de gloria,

descendió a este pobre mundo, “fue hecho carne”, “un vaso de barro”. ¡Oh, cuánto nos agrada contemplar a ese hombre celestial manifestado aquí abajo en un cuerpo de carne, y en ese mismo cuerpo recibir la muerte en una cruz donde su preciosa sangre fue derramada!

*Hasta la tierra bajó el cielo
De Dios misterio es Emanuel;
Cubre a su gloria humano velo,
De hinojos, demos loor a Él.*

¿Quién este amor sondear nos diera?

*De Dios, el Hijo, el Creador,
Para el perdido en esta tierra
Siervo fiel fue y buen Pastor.*

*Este amor que tanto se brinda
También amónos hasta el fin;
Sufre el Cristo y da su vida
Por un mundo perdido y ruin.*

Una de las avcillas debía ser degollada en el vaso de barro que se encontraba sobre aguas corrientes. En las Escrituras, el agua es el símbolo empleado con frecuencia para representar la Palabra de Dios:

“ El que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás
(Juan 4:14; Salmo 119:9; Efesios 5:26; etc.). ”

El agua corriente o viva nos habla de la Palabra de Dios, viva y eficaz, aplicada a nuestros corazones por el Espíritu Santo (Hebreos 4:12). Pero aquí, esta agua viva o corriente estaba mezclada con la sangre de la avcilla muerta; por eso también leemos en el evangelio: “El que... bebe mi sangre, tiene vida eterna... porque... mi sangre es verdadera bebida” (Juan 6:54-55).

Tal vez usted haya oído muchas veces el relato de la muerte del Salvador, cómo de su costado abierto por una lanza brotó sangre y agua. Ha visto, por así decirlo, esa avcilla muerta en el vaso de barro; pero, ¿ha sentido alguna vez que Él murió expresamente por usted? Su sangre y esa agua de vida corren a través de la Palabra divina para comunicarle la vida y limpiar sus pecados mediante el poder del Espíritu Santo. Si bebe de esa Palabra viva, ella producirá en usted una fe viva y una nueva naturaleza; así habrá nacido de agua y del Espíritu.

*Oí la voz del Salvador
Decir: «Venid, bebed,
Yo soy la fuente de salud,
Que apago toda sed».*

Con sed de Dios, del vivo Dios,

*Al Calvario acudí,
Y de su herida, fuente fiel,
La vida yo bebí.*

“Después tomará la avecilla viva, el cedro, la grana y el hisopo, y los mojará con la avecilla viva en la sangre de la avecilla muerta sobre las aguas corrientes” (v. 6).

Ya hemos notado que las dos avecillas juntas forman una sola imagen de nuestro Señor Jesucristo. Hemos considerado al «Hombre celestial» descendiendo del cielo, siendo crucificado por nosotros en su cuerpo de carne, y bajando a la tumba. Pero he aquí que resucita llevando en sus manos, su costado y sus pies las marcas de la muerte que sufrió... Así vemos que la avecilla viva era sumergida en la sangre de la avecilla muerta y en el agua viva; luego salía llevando en sus plumas las señales de la muerte junto con la vida: “Si no viere en sus manos la señal de los clavos” –dijo Tomas– “y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no creeré...”. “Mirad mis manos y mis pies, que yo mismo soy”, dijo el Señor resucitado (Juan 20:25; Lucas 24:39).

El cedro, la grana y el hisopo, junto con la avecilla viva, debían ser sumergidos en la sangre y el agua; estas cuatro cosas formaban un solo manojito en la mano del sacerdote.

Como lo hemos visto, la **avecilla viva** es figura de Cristo, el Hombre celestial.

El cedro simboliza las grandes y nobles cosas de la naturaleza. La madera de cedro sirvió para la construcción del templo de Jehová en Jerusalén, para la casa del bosque del Líbano, para el palacio de Salomón y su carroza real (1 Reyes 7:2; 2 Crónicas 2:3-16; Cantar de los Cantares 3:9).

La grana o púrpura es el color de los vestidos reales, de quienes ocupan un elevado cargo en la tierra, reyes, príncipes, etc., pero que tienen igualmente la necesidad de ponerse, como toda la humanidad, bajo la señal de la sangre. Recordemos que a Jesús le vistieron con un manto de púrpura, burlándose de su dignidad real (Marcos 15:17; Juan 19:2).

El hisopo, a su vez, simboliza la humillación, la pequeñez, las cosas despreciables de la naturaleza. Para untar el dintel y los postes con la sangre del cordero pascual se empleaba un manajo de hisopo (Éxodo 12:22); Moisés roció y santificó a Israel al pie del Sinaí con sangre, agua, grana e hisopo (Hebreos 9:19). “Purifícame con hisopo, y seré limpio...” exclama David sintiéndose culpable (Salmo 51:7). Salomón “disertó sobre los árboles, desde el cedro del Líbano hasta el hisopo que nace en la pared” (1 Reyes 4:33). Este pasaje destaca las cosas más nobles como las más viles de este mundo.

En todo el evangelio de Mateo aparecen la grana y el cedro, es decir, la realeza y la grandeza del Señor como hijo de David. Su genealogía, su nacimiento, los honores recibidos en Belén, en la casa de Betania, y después, su resurrección, todo esto lo proclama Rey. En los evangelios de Lucas y de Marcos, por el contrario, lo que aparece con énfasis es el hisopo, es decir, la humillación del Señor. En éstos, el Espíritu de Dios nos presenta al hijo del hombre, al niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre, su sumisión cual siervo de Jehová, su obediencia hasta la muerte de cruz. En el evangelio de Juan vemos al Hombre celestial, la “avecilla viva”, el Verbo hecho carne: “Salí del Padre” –dice el Señor– “y he venido al mundo; otra vez dejo el mundo, y voy al Padre” (Juan 16:28).

Así, como un solo manajo en la mano sacerdotal, los cuatro evangelios en sus cuatro aspectos presentan al Señor como aquel que debe pasar a través de la muerte para rociar con su sangre a un pobre leproso, a una miserable criatura, al hombre que Él mismo había creado. Notemos además que para obtener el agua de la purificación, según Números 19:1-7, el sacerdote debía echar palo de cedro, hisopo y escarlata en medio del fuego en que ardía la vaca alazana, cuya sangre había sido presentada a Jehová; luego se juntaba la ceniza para mezclarla con agua corriente: otra figura elocuente de la posición y del sacrificio de Cristo presentado en los cuatro evangelios.

Sin embargo, el cedro, la grana y el hisopo pueden representar también al pecador que ocupa distintas escalas sociales: el hombre en eminencia dotado de las más altas cualidades, la mujer distinguida, el más honesto y humilde trabajador. Todos, sin excepción, deben descender a ese flujo purificador para obtener la salvación. En cuanto al creyente, todo lo que es de este mundo debe ser crucificado y sepultado (Gálatas 6:14).

Purificación inicial

"Y rociará siete veces sobre el que se purifica de la lepra, y le declarará limpio" (v. 7). Contemplemos un momento esta escena conmovedora: el leproso ha sido traído de su proscripción, el sacerdote se ha acercado a él, otro ha procurado las dosavecillas vivas y limpias y, habiendo degollado una de ellas, ha mezclado su sangre con aguas corrientes en un vaso de barro; laavecilla viva, el cedro, la grana y el hisopo, todo ha sido sumergido en la sangre y el agua que corren ahora sobre el cuerpo del leproso. El sacerdote lo rocía una, dos, tres veces, siguiendo así hasta la sexta vez, y todavía no hay ningún cambio en el inmundo. Pero en la séptima, cifra que indica la perfección de la obra, el hombre es declarado limpio; la sangre lo limpió. No existía otro medio, pues "sin derramamiento de sangre no se hace remisión" (Hebreos 9:22).

Tampoco hay otro para nosotros sino la sangre que corrió del costado abierto del Salvador en la cruz.

La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado



(1 Juan 1:7; véase Hebreos 9:22).

Tuvo que morir laavecilla pura para que el leproso inmundo pudiera ser purificado con su sangre. Sólo la preciosa sangre de Cristo, quien murió por cada uno de nosotros, puede lavar al más vil, al más sucio, al más repugnante pecador.

Pero aquí puede formularse una pregunta: ¿cómo podía saber el leproso que su purificación se había cumplido? ¿Había desaparecido la lepra en la séptima aspersion? ¿Se veía algún cambio en su cuerpo? No creo que haya variado en lo más mínimo su aspecto anterior. ¿Cómo podía saber entonces que estaba limpio?

Después de haber efectuado la séptima y última aspersion, el sacerdote lo había declarado limpio. Mientras contemplamos esta maravillosa escena, podemos oír la declaración divina: "Si la sangre de los toros y de los machos cabríos, y las cenizas de la becerra rociadas a los inmundos, santifican para la purificación de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias...? Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados. Y nos atestigua lo mismo el Espíritu Santo" (Hebreos 9:13; 10:14, 15).

La sangre de laavecilla ha limpiado al leproso; éste lo sabe por la palabra del sacerdote. El que poco tiempo atrás lo había declarado inmundo, es el mismo que ahora lo declara limpio.

Pero no es todo; la avecilla viva que todavía está en la mano del sacerdote ahora es **soltada**; la obra del sacrificio terminó, no hay por qué retenerla aquí abajo. Nuestro Señor y Salvador, después de haber resucitado de entre los muertos y haberse detenido un poco con sus discípulos, ascendió a los cielos llevando en su cuerpo las señales de la cruz que proclamaban cumplida su obra redentora. Su victoria está asegurada, nuestros pecados han sido quitados sin dejar ninguno delante de Dios, pues él los llevó todos en su cuerpo; él mismo es acepto en los lugares celestiales y nosotros en él: está “sentado a la diestra de Dios...” (Hebreos 10:12). A su tiempo verá todo el fruto en sazón del trabajo de su alma, se presentará a sí mismo a la Iglesia sin “mancha ni arruga”; incluso las heridas que ella sufrió en sus conflictos aquí abajo habrán desaparecido. Pero a su vez, ella verá indelebles en las manos, los pies y el costado de su Señor las heridas que fueron el precio que Él pagó por ella.

*Tu gloria aquí fue velada por la sangre y el llorar,
Mas pronto el Resucitado su belleza ha de mostrar.
¡Con qué inefables delicias, tu mirada puesta en mí,
Me dirá con tus heridas: «Yo morí también por ti»!*

Gracias sean dadas a Dios porque su obra es completa. Él hizo la propiciación por nuestros pecados; ni un solo pecado nuestro ha quedado sobre él. Por lo tanto, pudo salir de la tumba y subir al cielo. Su obra fue aceptada en los lugares celestiales donde él ha vuelto a entrar, prueba positiva que todo fue perfectamente consumado.

Supongamos que un vecino encuentre al leproso purificado, y le diga:

–¿Qué haces aquí? Eres leproso, ¡fuera del campamento!

–Sí –responderá–, yo ciertamente **era** leproso, pero gracias a Dios he sido limpiado.

–¿Tú, limpiado? No parece. Al contrario, estás peor que antes; estás cubierto de ese espantoso mal.

–Es verdad, mas el sacerdote me roció con la sangre de la avecilla muerta y me declaró limpio. Sé que estoy limpio porque él lo dijo.

–¡Qué absurdo! seguramente has comprendido mal sus palabras; debió haberte dicho que eres inmundo; todos pueden ver tu lepra.

–No, es imposible que haya comprendido mal; primero fui rociado con la sangre y después oí al sacerdote declararme limpio. Y no es todo, pues vi con mis propios ojos cómo la avecilla viva, cubierta de sangre, subió al cielo. ¿Conoces la ley? Recuerda que la avecilla viva no podía echar a volar hasta que el sacerdote me hubiera declarado limpio.

–Pero –continúa el vecino–, ¿quieres decirme **que te sientes** purificado, mientras que admites estar cubierto de lepra?

–Amigo, no es ése el asunto; el sacerdote me dijo que estoy limpio, de modo que todo está en regla; únicamente él está autorizado para hacer tal declaración. Me declaró limpio y, por lo tanto, que lo sienta o no, **creo** que estoy limpio.

En tanto que el vecino se aleja, el feliz leproso, seguro del triunfo de su liberación, evoca todavía la escena de la avecilla viva subiendo libremente hacia los cielos. Así sucede con nosotros, pecadores lavados en la sangre de Jesús. Cuando con los ojos de la fe vemos a nuestro Señor y Salvador volver a sus moradas celestiales, después de haber muerto por nosotros, entendemos que Él fue acepto por Dios en el pleno valor de su obra cumplida, y nosotros en Él (Efesios 1:6; 2:6).

Esta misma escena, en la que vemos a Jesús vivo, vuelto al cielo, nos refiere algo más. Su resurrección y ascensión proclaman que él es el Conquistador de los dominios de la muerte y el Vencedor de la tumba: “Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad...” (Efesios 4:8). La batalla más grande del Universo fue librada y ganada: “¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?” (1 Corintios 15:55).

*Perdiste, oh muerte, la suprema batalla,
Rota está tu red, y abierta tu prisión;
Resucita el Santo de Dios y se lanza
Desde la tumba a la célica mansión.*

Limpieza indispensable

Ante los ojos de Dios el leproso ahora está purificado, sin mancha; fue declarado así por la autoridad divina con la certeza que le da su Palabra... ¿Qué sigue?

“

Y el que se purifica lavará sus vestidos, y raerá todo su pelo, y se lavará con agua, y será limpio (v. 8).

Dios ordena algo, y en el acto el leproso purificado procura limpiar todo lo que le concierne: lo **externo** debe corresponder a lo **interno**; todo debe hallarse en armonía con esta nueva y maravillosa **posición** que ocupa ahora ante Dios. En el capítulo precedente, nuestra atención se detuvo particularmente en lo que fue hecho a favor del leproso para su purificación. Al seguir los siete primeros versículos de nuestro capítulo, habremos notado que al leproso no le correspondía hacer nada, sino aceptar los dones y lo que otros hacían a favor de él. Debía poner su confianza en la sangre derramada y creer la palabra del sacerdote. Se encontraba allí cual testigo mudo, embelesado y lleno de gratitud hacia Dios por el sorprendente medio de que se valía para realizar su purificación.

Una nueva etapa comienza ahora para ese hombre. Todo ha cambiado; pone manos a la obra y nosotros lo veremos actuar. Primeramente **lava sus vestidos**; estaban tan sucios y repugnantes que nadie se hubiera atrevido a tocarlos. Muchas veces vi en la China y también en África a leprosos mendigando a orillas del camino; puedo afirmar que no hay espectáculo más repulsivo. Sus cuerpos están tan sucios que ¿para qué querrían lavar sus vestidos? Pero ahora todo ha cambiado; se halla limpio ante los ojos de Dios y limpio por la fe a sus propios ojos; debe presentarse también así a los ojos de sus semejantes; por consiguiente, debe lavar sus vestidos. Tal vez antes había logrado tenerlos en mejor estado que muchos de sus compañeros de desgracia, de manera que éstos podían extrañarse de que mantuviera tan cuidada su apariencia; él probablemente estaba muy satisfecho de sí mismo. Sin embargo, esto no había sido más que hipocresía, imitando así a los escribas y los fariseos mencionados en los evangelios. El Señor los llamaba hipócritas porque limpiaban lo de fuera del vaso y del plato; pero por dentro estaban llenos de robo y de injusticia (Mateo 23:23-25).

El leproso, declarado limpio por Dios mismo, posee ahora la luz que le permite darse cuenta de que sus vestidos dejan mucho que desear; es imprescindible lavarlos. Estos vestidos nos hablan de algo que nos toca de cerca: nuestros negocios, nuestras asociaciones religiosas, nuestras costumbres, en fin, todo lo que se relaciona con nosotros y que el mundo puede ver. Quizás antes nuestros vecinos solían encontrarnos en salas de juegos, tabernas, cines o en otros lugares de distracción; todas estas prácticas, todas estas costumbres deben desaparecer. ¿Cómo lograrlo? “¿Con qué limpiaré el joven su camino?” pregunta el salmista; he aquí la respuesta: “Con guardar tu palabra” (Salmo 119:9). El agua es abundante y eficaz porque “toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto” (2 Timoteo 3:16-17).

Después de lavar sus vestidos, ¿qué debe hacer el leproso purificado? **Rasurar** todo su pelo. Todo lo que oculte cualquier impureza debe ser cortado, cueste lo que cueste. Si a un israelita le estaba prohibido hacer “tonsura” en su cabeza y dañar “su barba” (Levítico 19:27; 21:5), el leproso que se purifica debe hacer desaparecer todo esto, es decir, todo lo que representa la belleza y la gloria humana natural. En medio de un pueblo en el que todos los hombres llevaban abundante cabellera y poblada barba, debía ser irrisorio ver pasar a alguien completamente rasurado; le seguirían muchas miradas burlonas y se multiplicarían las bromas a su paso. Pero esto, ¿no merecía ser soportado? ¿No era infinitamente mejor ser purificado y volver a pertenecer a la congregación de Jehová que andar errante fuera del campamento con barba pero en la condición de inmundo?

Aquel que fue purificado por la sangre del Salvador pronto descubrirá que al tratar de honrar al Señor conforme a su Palabra, participará de su oprobio: “Por una parte, ciertamente, con vituperios y tribulaciones fuisteis hechos espectáculo; y por otra, llegasteis a ser compañeros de los que estaban en una situación semejante” (Hebreos 10:33). En su tiempo Moisés “rehusó llamarse hijo de la hija de Faraón, escogiendo antes ser maltratado con el pueblo de Dios... teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo” (Hebreos 11:24-26).

Nosotros también somos exhortados a seguir las mismas pisadas: “Salgamos, pues, a él, fuera del campamento” –el campamento religioso que rechazó a Cristo– “llevando su vituperio” (Hebreos 13:13); son las pisadas de Jesús. Él, más que ningún otro, conoció el oprobio del mundo: “Porque ni aun Cristo se agradó a sí mismo; antes bien, como está escrito: Los vituperios de los que te vituperaban, cayeron sobre mí” (Romanos 15:3). Estos vituperios no son el privilegio de unos pocos creyentes sino el de todos. Jesús “decía a todos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame” (Lucas 9:23). Aunque el Señor se dirige a todos, cada uno debe cargar con la cruz.

Para el leproso rasurado, los siete días iban a pasar pronto y podría volver a su querido hogar, protegido de burlas y deshonor para gozar de paz y alegría. Al disfrutar de esa dicha, podía sin avergonzarse dar testimonio de la gracia y el poder que lo purificaron de su lepra y permitieron su regreso a la congregación de Jehová.

Pero en nuestro texto hay algo más que llama nuestra atención. El leproso lavó sus vestidos, se rasuró; ahora también debe **lavarse** con agua. Esto es más importante todavía que el lavado de nuestros vestidos; es algo más íntimo, más personal que la relación con nuestros semejantes. Este lavado purifica nuestros pensamientos, nuestros pecados escondidos, nuestros errores en

cuanto a la verdad de Dios, etc. El resultado se verá en nuestro testimonio, en nuestras palabras. ¡Ah! pronto advertiremos que al querer limpiar todo lo que la Palabra de Dios no aprueba, nos acarreamos muchos disgustos; no se necesitará largo tiempo para que llegemos a ser “espectáculo al mundo” (1 Corintios 4:9). “Si alguno me sirve, sígame” dijo el Señor (Juan 12:26). Son las huellas que Él mismo ha trazado, las que siguió el ciego de nacimiento (Juan 9:34-35); lo contrario de muchos otros que amaron más la gloria de los hombres que la de Dios (Juan 12:43).

Sin embargo, a pesar del oprobio, todo debe ser purificado por “el lavamiento del agua por la palabra” (Efesios 5:26). Si bien el leproso recurrió una sola vez a la eficacia de la sangre de la ave-cilla debe, por el contrario, recurrir muchas veces al agua. Recordemos que en la disposición del Tabernáculo de Jehová, la fuente de bronce que contenía el agua de la purificación estaba colocada entre el altar y el santuario (Éxodo 30:17-21). En ella los sacerdotes debían lavarse las manos y los pies cada vez que entraban en el Tabernáculo para ejercer sus funciones. Esta ordenanza nos muestra que tenemos la continua necesidad de separarnos de todo lo que no conviene a la santidad de Dios; no mediante repetidas aspersiones de la sangre sino por el agua de su Palabra. La fuente de bronce evoca también la escena del lavamiento de los pies hecho por el mismo Jesús a sus discípulos, luego de lo cual les dijo: “El que está lavado, no necesita sino lavarse los pies, pues está todo limpio”; y agrega: “Ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis” (Juan 13:10, 15). En el sentido espiritual, tuvieron que lavarse los pies muchas veces unos a otros. Pablo lavó los pies de Pedro al ver que éste no andaba según la verdad del Evangelio (Gálatas 2:11-14).

Tras habernos recordado la magnífica promesa de que hemos llegado a ser hijos del Dios Todopoderoso, el apóstol nos exhorta así:

“ Puesto que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios
(2 Corintios 7:1).

Al invitarnos a contemplar la perfección de la ofrenda de Cristo a Dios, el apóstol nos dice: “Fornicación y toda inmundicia, o avaricia, ni aun se nombre entre vosotros, como conviene a santos; ni palabras deshonestas, ni necesidades, ni truhanerías, que no convienen, sino antes bien acciones de gracias” (Efesios 5:3-4). Acaso un espíritu jovial y alegre con ocurrencias brillantes ¿no es un bello ornamento natural? Sin embargo, estos atractivos que pueden parecer inofensivos, disi-

mulan un verdadero peligro de contaminación: “En las muchas palabras no falta pecado...”. “Las moscas muertas hacen heder y dar mal olor al perfume del perfumista; así una pequeña locura, al que es estimado como sabio y honorable” (Proverbios 10:19; Eclesiastés 10:1).

¿No nos instan estos textos a realizar lo que simboliza lavar nuestros vestidos, lavarse el cuerpo o, lo que es más profundo aun, rasurarse el pelo? Porque si el agua de la Palabra limpia y lava, el filo de la navaja que rasura, también es cortante, “más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu...”. David, deseoso de que ella actúe, exclama: “Examíneme, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos” (Hebreos 4:12; Salmo 139:23). Estas verdades abundan en las Escrituras pero no han sido puestas de relieve suficientemente. Asistimos con gozo a las operaciones de la gracia de Dios cuando salvó a un pobre pecador que no tenía autorización para levantar ni siquiera un dedo para lograr su salvación. Pero a veces somos demasiado negligentes en nuestros esfuerzos para lavarnos o rasurarnos. Si fuésemos más conscientes del precio que nuestra purificación le costó al Señor, puesto que lo único que podíamos traerle era nuestra “lepra”, ¿qué menos podríamos hacer ahora sino tratar de complacerle mientras nos deja aquí abajo? Así pondríamos en armonía nuestra privilegiada posición de santos ante Dios con nuestro testimonio exterior ante los hombres.

Estos dos aspectos de la verdad –nuestra posición y nuestro testimonio– son admirablemente presentados en la carta de Pablo a los Colosenses. “Si, pues, habéis resucitado con Cristo... Porque habéis muerto... Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros... dejad también vosotros todas estas cosas: ira, enojo, malicia...”. Esto es lo que significa rasurarse; es el lado negativo de nuestro testimonio. Pero luego leemos: “Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia”; he aquí su lado positivo (véase 3:1, 3, 5, 8, 12). Este texto revela aún dos cosas más. Cuando Cristo murió, yo, vil pecador, morí con Él; cuando resucitó, resucité con Él; pero cuando regresó al cielo, se llevó también mi vida. Ahora “está escondida con Cristo” en Dios. Y cuando Cristo, nuestra vida, se manifieste, entonces nosotros también seremos manifestados con Él en gloria (Colosenses 3:1-4).

Fuera de su tienda

Limpio, rasurado, lavado, el leproso puede volver al campamento; ¡qué hermoso día para él! ¿No nos recuerda esto la declaración apostólica:

“ Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo? (Efesios 2:13).

Desde ahora, cuando el leproso franquee el límite del campamento, de donde debía ser excluida toda mancha, nadie podrá hacer la menor objeción. Pero, aunque puede volver allí, todavía no le está permitido entrar en su propia morada: “... morará fuera de su tienda siete días” (v. 8). Tiene la obligación de mantenerse alejado de ella durante una semana entera. ¿Qué nos enseña esta prohibición?

Después de experimentar la salvación, una vez limpios, perdonados, nos sentiríamos felices de partir inmediatamente para estar con Cristo en su morada celestial, huyendo así de las pruebas, las tristezas y el oprobio que nos esperan en este mundo; pero no es así, aun cuando un profundo amor por Cristo nos haga anhelar estar pronto con Él. El hombre que decía llamarse Legión, de quien el Señor echó a muchos demonios, le rogó que le dejase estar con Él. Mas, ¿qué le respondió el Señor? “Vete a tu casa, a los tuyos, y cuéntales cuán grandes cosas el Señor ha hecho contigo, y cómo ha tenido misericordia de ti” (Marcos 5:19). Legión debía dar testimonio del irresistible poder de la bondad de Dios que lo había libertado del imperio de Satanás, así como lo daba el leproso purificado, vestido con ropas limpias y rasurada su cabeza. Durante siete días pasaba por los senderos del campamento y las tiendas de su pueblo, sin que nada pudiera ocultarlo de las risas de muchos. Sin abrir siquiera la boca, proclamaba a todos: «He aquí un leproso que fue limpiado y regresó a su pueblo». Igualmente Lázaro, el que resucitó, a quien nunca oímos decir una palabra, proclamaba por su sola presencia el poder del Señor que lo había sacado de la muerte.

El número siete –en este caso una semana– simboliza la perfección. Aquí nos habla del tiempo completo –fijado por el Señor– durante el cual hemos de dar testimonio en este mundo. Para el malhechor en la cruz, este tiempo fue muy breve; mas, ¡qué testimonio dio!; claro y vibrante como el son de una campana, cuyo eco se escuchó a través de las edades, abriendo una puerta de salvación y esperanza a tantos pecadores perdidos. ¡Qué suave música habrá sido el ruego y el testimonio de este pecador a oídos del Salvador, quien moría por él a su lado, cuando toda Jerusalén estaba unida contra su Mesías, y los suyos, atemorizados, permanecían escondidos!

Para muchos creyentes, estos “siete días” se extienden durante largos años, abarcando a veces toda una vida; mas para cada uno la duración de su testimonio aquí abajo está fijada por nuestro sumo Sacerdote. De haber podido, el leproso rasurado habría intentado huir del oprobio de los

hombres y mantenerse en el secreto y la quietud de su casa hasta que sus cabellos y su barba hubieran crecido. Sin embargo, Dios lo eligió a fin de que fuera un testigo suyo; por eso, cuando comenzaba a crecerle el cabello, tenía que ser rasurado de nuevo según la ordenanza. Dios también nos ha elegido –si somos leprosos limpiados– para ser sus testigos; y si Él nos deja aquí abajo, es porque quiere que le sirvamos. Y si queremos ser testigos fieles y verdaderos, deberemos lavarnos y rasurarnos muchas veces. Detengámonos ante el espejo de la Palabra de Dios, y examinémonos para ver qué clase de testigos somos para Él. El Señor Jesús es llamado: “El testigo fiel y verdadero” (Apocalipsis 3:14). Así lo fue en este mundo, y lo es todavía, pero jamás necesitó ser lavado ni rasurado. Y aun cuando el holocausto cortado en piezas –que le prefiguraba en su ofrenda a Dios– debía ser lavado con agua, era tan sólo para que la Palabra hiciera resaltar sus perfecciones (Levítico 1:9).

Nuevo recurso del agua y de la navaja

Llegó el último de estos siete días para el leproso; el tiempo de su testimonio toca a su fin. ¿Necesitará una nueva aspersión de sangre para quedar limpio y poder entrar en su hogar tan ardientemente deseado? No; ya vimos que la sangre fue derramada **una sola** vez: “Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados”. “Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos” (Hebreos 10:14; 9:28). Pero el hombre necesita ser lavado y rasurado nuevamente:

“ El séptimo día raerá todo el pelo de su cabeza, su barba y las cejas de sus ojos y todo su pelo, y lavará sus vestidos, y lavará su cuerpo en agua, y será limpio (v. 9).

Notaremos que esta segunda operación es más extensa que la primera. Esto nos indica que a medida que avanzamos en nuestras experiencias cristianas y aprendemos a conocer mejor a nuestro Señor, sentimos mayor necesidad del agua y de la navaja para asemejarnos cada vez más a Él. Por consiguiente, estaremos cada vez menos concordes con este mundo. Cabellos, barba, cejas... todo debe caer; estas cosas representan la inteligencia natural, la experiencia humana, el modo de ver humano. Todo debe ser conforme a Cristo y a su muerte. Además, el leproso curado debe volver a lavar sus vestidos y su cuerpo. Por lo general, todos los creyentes que se acercan al término de su carrera en este mundo pasan por la experiencia de esta limpieza final. Pablo, en la segunda epístola a Timoteo, nos dice: “Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo... Así que, si alguno se limpia de estas cosas, será instrumento para honra, santificado, útil al Señor” (cap. 2:19-21). En su segunda epístola el apóstol Pedro menciona: “Tengo por justo,

en tanto que estoy en este cuerpo, el despertaros con amonestación; sabiendo que en breve debo abandonar el cuerpo” (cap. 1:13, 14). Que sintamos intensamente la necesidad de esa purificación del mal en vista de nuestra santificación, “sin la cual nadie verá al Señor” (Hebreos 12:14).

Cuando lleguemos a las moradas celestiales, ya no oiremos hablar del lavado y la rasura. En la visión celestial, descrita por Juan en el Apocalipsis, hallamos delante del trono “un mar de vidrio semejante al cristal”. Es la expresión de la pureza en su estado sólido. Éste, en contraste con el agua –la pureza en su estado líquido– no puede servir para lavar. Además “la calle de la ciudad es de oro puro, transparente como vidrio” (cap. 4:6; 21:21), no hay pues ningún peligro de contaminación, ni necesidad de lavarse los pies.

Notemos otro detalle: las ordenanzas sagradas designan el séptimo día como el día de reposo: “Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios” (Éxodo 20:9-10). Sin embargo, en vez de poder gozar del reposo prescrito por la Ley, ese día el leproso está ocupado en bañarse, rasurarse y lavar sus vestidos. ¿No dice esto al oído espiritual que allí donde entraron el pecado y la suciedad, ha desaparecido el reposo, y que las manchas requieren ser quitadas? Pero, gracias a Dios, un nuevo estado de cosas figurado por el “octavo día” será establecido; y es lo que veremos a continuación.

El octavo día

Presentación a Jehová

“ El día octavo tomará dos corderos sin defecto, y una cordera de un año sin tacha, y tres décimas de efa de flor de harina para ofrenda amasada con aceite, y un log de aceite. Y el sacerdote que le purifica presentará delante de Jehová al que se ha de limpiar, con aquellas cosas, a la puerta del tabernáculo de reunión (v. 10-11).

Finalmente llega ese octavo día tan ardientemente esperado. Los siete días han pasado y sus vicisitudes se desvanecieron; ahora podrá volver a su casa, al feliz círculo familiar donde todo es paz, alegría y amor, la que para nosotros es figura de la casa paterna, la casa celestial.

En el capítulo 23 del Levítico, versículos 11, 15 y 16, el **octavo día** ostenta un significado especial. No se lo designa como el primer día de la semana según Juan 20:1, sino como “el día que sigue al día de reposo”. El texto lo establece como festivo y menciona también las ofrendas que se debían traer a Jehová: una gavilla que el sacerdote debía mecer (v. 11); dos panes amasados con levadura y el sacrificio que los acompañaba (v. 17-18). La primera ofrenda, la gavilla, primicias de la mies, representa a Cristo resucitado (1 Corintios 15:20); la segunda, los dos panes amasados con levadura, es figura de los judíos y de los gentiles convertidos, ofrecidos a Dios en el día de Pentecostés, por el poder del sacrificio de Cristo (Hechos 2:1). En los versículos 36 y 39 del capítulo 23 del Levítico, el día que sigue al sábado es llamado el **octavo día**; éste a su vez, simboliza un nuevo principio, una eternidad de gozo y paz, cuando todos los frutos de la obra de Cristo hayan sido recogidos, día en que Dios habrá hecho nuevas todas las cosas (Apocalipsis 21:5).

Ese octavo día es, pues, el comienzo de una nueva vida para el leproso. Los lavamientos con agua y la rasura ya no le son necesarios; el tiempo de vagabundear fuera del campamento ha pasado para siempre. Además, esta nueva vida empieza con adoración en la presencia de Jehová. Ahora tiene a mano cada una de las ofrendas prescritas –que representan los diferentes aspectos del gran sacrificio de Cristo– sin olvidar el log de aceite, que simboliza el Espíritu Santo. El sacerdote lo conduce, pues, al umbral del santuario de Dios para ser presentado allí. En virtud de estas ofrendas, el leproso, antes tan alejado, se aproxima a Dios, tan cerca como ningún israelita podía estarlo jamás, salvo los sacerdotes y los levitas.

¡No me canso de contemplar esta escena! ¡Qué feliz e inefable lugar, qué posición tan bendita la de estar en el santuario del mismo Dios! Este lugar es el de cada creyente: “Y a vosotros también, que erais en otro tiempo extraños y enemigos en vuestra mente, haciendo malas obras, ahora os ha reconciliado en su cuerpo de carne, por medio de la muerte, para presentaros santos y sin mancha e irreprochables delante de él” (Colosenses 1:21-22). “Extraños y enemigos” define exactamente al pecador perdido; “santos y sin mancha” señala que fue reconciliado y limpiado por medio de la muerte de Cristo –luego resucitado– y que será llevado por Él allí, a la presencia de Dios. El hombre, su criatura, ha adquirido y goza de una posición aun mucho más excelente que la que tenía en el mismo Edén.

Sabemos que solamente ciertas personas privilegiadas y de alto rango tienen acceso ante las cortes reales; sin embargo, nosotros los cristianos, tenemos la maravillosa y bendita perspectiva de ser presentados ante la corte del Rey de los reyes, perspectiva que ya podemos disfrutar por anticipación. ¡Qué inefable dulzura tiene para mí esta expresión: “El sacerdote **que le purifica presentará** delante de Jehová al que se ha de limpiar”! (v. 11). No será un extraño el que me lleve ante la presencia de Dios, sino el mismo que me limpió, Aquel que conocí y amé durante largo tiempo aquí abajo: “Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo...” (1 Tesalonicenses 4:16). “Aquel que es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría” (Judas 24). ¿Tendré algún temor si Él mismo es quien me presente al Padre? ¡Ah, no! pues su mano, la misma bendita mano horadada por mí y que me ha conducido durante todos los años de mi peregrinación aquí abajo, es la que me llevará a los atrios de gloria celestial.

Una noche teníamos un estudio bíblico sobre la primera epístola de Pedro, y al llegar al versículo 11 del capítulo 2, alguien se volvió hacia el hermano Tchang, un anciano creyente chino, y le preguntó:

–Hermano Tchang, ¿cómo es que el apóstol Pedro dice: “Yo os ruego como a extranjeros y peregrinos...” mientras que el apóstol Pablo escribe: “Vosotros no sois más extranjeros y forasteros”? (Efesios 2:19; N. T. Interlineal, F. Lacueva).

El hermano Tchang permaneció muy indeciso por un momento; para ayudarlo, se le hizo otra pregunta:

–Es usted, hermano Tchang, un extranjero en la tierra?

–Sí –respondió; incluso mi propia familia apenas me conoce.

–Y cuando usted se encuentre cara a cara con el Señor, ¿será un extranjero para Él?

–¡Oh, no! –respondió, con una sonrisa que le iluminó el rostro–, Él es mi mejor amigo; ¡le conozco hace más de cuarenta años!

El día de mañana no esté quizás aquí,

La vecindad mundana no más sabrá de mí;

Mas yo habré llegado al celestial lugar,

Y agasajado por Dios en mi hogar.

Cuanto más vivamos como extranjeros en la tierra, tanto más gozo tendremos en el cielo; cuanto menos vivamos concordes con este mundo, menos extranjeros nos sentiremos en la casa del Padre. ¿Nos imaginamos la alegría y la gloria de tal momento? Mas, ¿qué será nuestra dicha comparada con la satisfacción y gloria del Señor?

Posiblemente nos hubiéramos dado por satisfechos con haber escapado al castigo que correspondía a nuestros pecados. Estaríamos contentos de tener un pequeño lugar en la puerta de entrada al cielo. Sin embargo, eso sería muy poco para el Señor; este límite no podría satisfacer Su corazón. ¿No nos dan las palabras de la epístola de Judas una pequeña idea de cuál será su alegría el día que presente a los suyos?: “Aquel que es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría” (v. 24). A la gran tristeza con que su alma fue agobiada hasta la muerte en el día de la cruz, responderá entonces una gran alegría, un “gozo inefable y glorioso” (1 Pedro 1:8). El buen Pastor llevó muy gozoso sobre sus hombros la oveja perdida; a lo largo del viaje hacia la morada celestial, la condujo con la habilidad de sus manos (Salmo 78:72), sosteniéndola e impidiendo que tropezara. Ahora, al llegar a casa, puede presentar con gran gozo ante el cielo el trofeo de su gracia y de su poder. El que fue a sembrar con lágrimas, volverá con regocijo trayendo sus gavillas (Salmo 126:6).

Entonces, ¿cómo puede uno que estaba tan lejos de la perfección ser presentado irreprochable ante su gloria? He aquí la respuesta: “Tomará **dos** corderos **sin defecto**, y una cordera de un año **sin tacha**” (v. 10). En virtud, pues, de este triple sacrificio sin mancha, el sacerdote puede presentar a Jehová al que es purificado. Notemos, además, que cada vez que uno de esos corderos es ofrecido, el texto dice: “Hará el sacerdote expiación por él” (v. 18, 19 y 20). La palabra **expiación** significa borrar las culpas; el leproso que es presentado aquí ante Jehová, está **cubierto** por la perfección de cada uno de estos tres corderos: el de la **culpa**, el del **pecado** y el del **holocausto**.

Ni un solo defecto, ni una sola mancha puede ser hallada en ese hombre. Si el leproso se hubiera presentado sin estas ofrendas, Dios jamás lo hubiera recibido; pero, al identificarse con ellas, este hombre –anteriormente abominable, incluso ante sus semejantes– es aceptable en la presencia de Dios en virtud del sacrificio. Además, notémoslo bien, ni el agua ni la navaja, por indispensables que hayan sido, hacen acepto al leproso ante la inmaculada santidad de la morada de Dios. Sólo por medio de la sangre y la excelencia del sacrificio ofrecido puede ingresar allí.

También a nosotros que estábamos lejos de la presencia de Dios, la sangre de Cristo nos acercó y nos hizo aceptos en la perfección del Amado (Efesios 2:13; 1:6). Dios nos ve, a cada uno de nosotros, en toda la excelencia y la justicia que representa esta triple ofrenda: Cristo, sacrificio por la culpa, sacrificio por el pecado y holocausto. Este último a su vez es inseparable de la ofrenda de flor de harina amasada con aceite, que representa la vida de Cristo sin defecto aquí abajo por el poder del Espíritu Santo.

El cordero del sacrificio por la culpa

“Y tomará el sacerdote un cordero y lo ofrecerá por la culpa, con el log de aceite, y lo mecerá como ofrenda medida delante de Jehová. Y degollará el cordero en el lugar donde se degüella el sacrificio por el pecado y el holocausto, en el lugar del santuario” (v. 12-13).

¡Cuán profunda debió ser la satisfacción de Dios al ver al pobre leproso con el cordero del sacrificio por la culpa! ¿No veía en él a su propio Cordero, al que iba a dar por el pecado del mundo? (Juan 1:29). Por esta razón el sacerdote, antes de degollarlo, debía mecer o remolinear la víctima, mostrándola bajo todos sus lados. Esto nos habla de los distintos aspectos de la perfección del unigénito Hijo de Dios. Muchos otros pasajes del Antiguo Testamento prefiguran estas perfecciones, las que vemos de manera real en la persona de Cristo, a través de los evangelios. Al mismo tiempo el sacerdote presentaba el log de aceite, símbolo del Espíritu Santo en virtud del cual Cristo se ofreció sin mancha a Dios (Hebreos 9:14).

“Y degollará el cordero en el lugar donde se degüella el sacrificio por el pecado y el holocausto...”. En primer lugar y con énfasis, el Espíritu de Dios nos presenta este sacrificio por la culpa. Por este hecho comprendemos que la lepra no es considerada solamente como una mancha o una enfermedad, sino como una culpa frente a la santidad de Jehová, la cual necesita el sacrificio correspondiente. Debemos entender bien que no solamente estamos manchados por el pecado de nuestros primeros padres, sino también por cada una de nuestras “hinchazones”, “erupciones” o “manchas blancas”, es decir, por cada uno de nuestros pecados, todos los cuales son frutos de

la “raíz del pecado” que habita en nosotros. Es muy importante notar la diferencia que existe entre “el pecado” y “los pecados”. El primero se puede asemejar al árbol cuyas raíces llegan hasta Adán y Eva. Éste es nuestra vieja naturaleza, nuestro viejo hombre; los últimos se pueden comparar con los frutos que produce este árbol y que son todos los actos pecaminosos cometidos contra la voluntad de Dios.

Es imprescindible estar convencido de pecado para poder decir como David en el Salmo 51: “Contra ti, contra ti solo he pecado” (v. 4). El desgraciado hijo pródigo se siente agobiado bajo esta convicción cuando exclama: “He pecado contra el cielo y contra ti” (Lucas 15:21).

Los casos particulares de lepra mencionados en el Antiguo Testamento nos muestran que esta enfermedad era un castigo de Dios, quien, según su gobierno, respondía con ella a los pecados cometidos por algún miembro de su pueblo: María, la hermana de Moisés (Números 12:10), Giezi, el siervo de Eliseo (2 Reyes 5:27), el rey Uzías (2 Crónicas 26:19-21), son patentes ejemplos de ello; y en el caso de Giezi la lepra debía quedarle pegada a su descendencia para siempre. Debemos exceptuar, desde luego, el caso de Naamán el sirio (2 Reyes 5). Su lepra no implica un castigo de Dios, ya que este hombre no pertenecía a Israel. Si, como estos ejemplos lo demuestran, Dios se servía de la lepra para castigar un delito, el sacrificio por la culpa era indispensable para expiarlo.

El cordero ofrecido por la culpa pertenecía al sacerdote y, por consiguiente, debía comerlo; de esta manera hacía suyo el delito del culpable. ¡Gracia maravillosa! Es una imagen exacta de la obra de nuestro sumo Sacerdote: hizo suyos nuestros pecados, los llevó en su cuerpo sobre el madero (1 Pedro 2:24).

Es importante destacar la diferencia que existe entre el sacrificio por la culpa y el cordero ofrecido por el pecado. El primero representa a Cristo llevando nuestros delitos, sufriendo por cada uno de ellos; el segundo es figura de Cristo: “Por nosotros lo hizo pecado” (2 Corintios 5:21). En Él el “viejo hombre” adámico –raíz que produjo todos nuestros pecados– fue juzgado y condenado en la cruz.

“ El sacerdote tomará de la sangre de la víctima por la culpa, y la pondrá el sacerdote sobre el lóbulo de la oreja derecha del que se purifica, sobre el pulgar de su mano derecha y sobre el pulgar de su pie derecho (v. 14).

La sangre del sacrificio por la culpa que ha borrado todas nuestras transgresiones deja sus huellas en la oreja, la mano y el pie del pecador purificado. Esta sangre es, por así decirlo, la insignia que llevan todos los que entran en los atrios de la gloria. Ninguno de los que se encuentren allí dejará de afirmar que todo su ser, desde la cabeza hasta los pies, debió ser purificado por esa preciosa sangre. ¡Gracia infinita! Aquel cuyos pies han sido horadados se inclina ahora para marcar con su propia sangre los de cada nuevo discípulo y para lavarlos cada vez que han contraído una impureza en su andar. Aquel cuyas manos llevarán por la eternidad las marcas de los clavos que las traspasaron pone también sobre mis manos la señal de la sangre que me rescató. Aquel en quien no hay parecer ni hermosura, despreciado y desechado entre los hombres (Isaías 53:2, 3), es quien pone ahora sobre mi oreja esa sangre que atestigua que soy de Él, propiedad suya para siempre.

A medida que vemos entrar estas numerosas huestes de rescatados por los umbrales celestiales, descubrimos que todos están marcados de la misma manera. Todos se unen a los acentos del cántico nuevo: “Al que nos amó y nos lavó de nuestros pecados con su sangre... a él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos. Amén” (Apocalipsis 1:5, 6; 5:9).

El log de aceite

“ Asimismo el sacerdote tomará del log de aceite, y lo echará sobre la palma de su mano izquierda, y mojará su dedo derecho en el aceite que tiene en su mano izquierda, y esparcirá del aceite con su dedo siete veces delante de Jehová (v. 15-16).

Hasta aquí el sacerdote se ocupó continuamente del leproso; ahora lo deja de lado por un momento, mientras derrama el aceite ante Jehová. Ya sabemos que en las Escrituras, el aceite es un símbolo del Espíritu Santo. Así pues, lo que hace el sacerdote en este momento nos habla de las delicias que Dios halló en la virtud del Espíritu Santo manifestada en la vida y en la muerte de su amado Hijo. No olvidemos que el Espíritu Santo no es solamente una influencia, sino que es el “Dios vivo y verdadero”. ¡Cuán precioso es recordar que una persona divina –el Espíritu Santo– está aquí en la tierra! ¿Recordamos cómo, desde los cielos abiertos, el Espíritu Santo descendió en forma de paloma sobre Jesús, y cómo Dios el Padre señaló a su Hijo entre la muchedumbre reunida a orillas del Jordán? (Mateo 3:16-17). Pues bien, el mismo Espíritu Santo, quien desde Pentecostés habita en la Iglesia y en cada creyente, está aquí abajo, ante todo para glorificar a Dios, reproduciendo algunos rasgos de Cristo en cada uno de aquellos que son su templo (1 Corintios 6:19).

“Y de lo que quedare del aceite que tiene en su mano, pondrá el sacerdote sobre el lóbulo de la oreja derecha del que se purifica, sobre el pulgar de su mano derecha y sobre el pulgar de su pie derecho, encima de la sangre del sacrificio por la culpa” (v. 17).

El “leproso” fue presentado a Jehová llevando sobre sí la sangre del sacrificio por la culpa mientras el sacerdote derramaba el aceite como aspersion delante de Jehová. Ahora aplica el aceite sobre el lóbulo de la oreja derecha del leproso, sobre su mano y su pie, por encima de la sangre. La aplicación del aceite representa la energía del Espíritu Santo que consagra a Dios todos nuestros pensamientos, nuestras actividades y nuestra marcha en virtud del sacrificio de Cristo, y que también nos revela el valor de su sangre, de su obra y de su persona: “Él os guiará a toda la verdad” –dijo el Señor– “porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir. Él me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber” (Juan 16:13-14). Además, el Espíritu es el poder por el cual el creyente sirve y alaba a Dios. Sabemos bien que las variadas actividades de la Iglesia, que es el templo de Dios en el Espíritu, dependen de su presencia (Efesios 2:22; 1 Corintios 12).

“Y lo que quedare del aceite que tiene en su mano, lo pondrá sobre la cabeza del que se purifica” (v. 18). ¡Parece que el aceite no se agota nunca! Aunque haya sido derramado siete veces delante de Jehová, puesto sobre la oreja, la mano, y el pie del leproso, todavía sobra para ungir su cabeza. Esta escena nos recuerda lo que leemos en 2 Reyes 4:1-7: mientras hubo vasos que llenar, el aceite no se agotó; y en 1 Reyes 17:14, el profeta Elías dice: “La harina de la tinaja no escaseará, ni el aceite de la vasija disminuirá”. Dios no da el Espíritu por medida (Juan 3:34). Por grande que sea la necesidad que tengamos de su poder, estemos seguros de que el Espíritu de Dios es más que suficiente para todo. Una vez que nuestro ministerio para con Dios y los hombres en esta tierra haya sido plenamente cumplido por el Espíritu, le tendremos aún para alabar en los atrios celestiales porque estará con nosotros para siempre (Juan 14:16).

En Israel, aquellos a quienes estaba reservado recibir el óleo de la unción eran los sacerdotes, los reyes, en un solo caso un profeta (1 Reyes 19:16) y los leprosos purificados. ¡En qué sorprendente y maravillosa compañía fueron introducidos! ¡Misterio insondable: sacerdotes y pecadores salvados, adorando juntos! Tal es la posición en la que, desde ahora, el Señor ha introducido a sus rescatados: “Nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre” (Apocalipsis 1:6). Además, el Espíritu que hemos recibido es el Espíritu de adopción, “por el cual clamamos: ¡Abba, Padre!” (Romanos 8:15). ¡Cuánto sobrepasa todo esto nuestra imaginación! Nadie hubiera pensado jamás que un ser vil, desterrado e inmundo podría ser introducido en la posición de sacerdote y

rey –posición de la que cualquier otro israelita era excluido– y en la más excelente de todas, la de hijo de Dios. Pero eso, no podemos sino prosternarnos en adoración ante el amor de nuestro Padre.

“Y hará el sacerdote expiación por él delante de Jehová” (v. 18). Al leer este versículo se podría llegar a interpretar que el aceite expía los pecados; pero no es así, pues sólo lo hace la sangre derramada del sacrificio por la culpa. Mas el aceite colocado sobre la sangre muestra con claridad cuán íntimamente unido está el Espíritu Santo a la ofrenda sangrienta de nuestro Salvador. Únicamente por ella podemos gozar de la presencia del Espíritu, quien a su vez nos revela toda la excelencia de esta ofrenda.

El sacrificio por el pecado, el holocausto y el presente de flor de harina

Agregar algo quizá podría estropear este cuadro que nos parece perfecto; pero descubrimos que faltan aún algunas pinceladas para completar su perfección. He aquí una: “Ofrecerá luego el sacerdote el sacrificio por el pecado, y hará expiación por el que se ha de purificar de su inmundicia” (v. 19). ¡Qué obra completa y perfecta realizó nuestro Salvador en la cruz del Calvario! No sólo son borrados para siempre todos nuestros pecados por medio de la sangre del sacrificio por la culpa, sino que por el sacrificio por el pecado fue juzgada nuestra vieja e incurable naturaleza adámica, la “raíz” que produce los pecados. Teniendo en cuenta que esta naturaleza no puede ser perdonada ni mejorada, es juzgada, crucificada y sepultada (Romanos 6:6); nuestro “sacrificio” por el pecado lo ha hecho todo. Moisés, en su tiempo, debió conocer lo que el apóstol nos dice en el Nuevo Testamento acerca de esa vieja naturaleza pecadora. Fue cuando Jehová le ordenó poner la mano en su seno; al retirarla, estaba blanca de lepra (Éxodo 4:6). Mientras esperamos el momento de ocupar nuestra habitación celestial, donde nunca más seremos turbados por nuestra vieja naturaleza que tanto mal nos causa hoy, podemos tenerla por muerta al pecado (Romanos 6:11).

Aún un toque final y el cuadro será perfecto: “Y después degollará el holocausto, y hará subir el sacerdote el holocausto y la ofrenda sobre el altar. Así hará el sacerdote expiación por él, y será limpio” (v. 19-20).

Según la ordenanza establecida en el capítulo 4 del Levítico, la persona que había pecado debía posar su mano sobre la cabeza de la víctima que él había traído para que, de esta manera, sus pecados fuesen **transmitidos** sobre el sacrificio. Asimismo cuando era ofrecido un holocausto (cap. 1:4), el adorador que lo traía ponía su mano sobre la cabeza del sacrificio; pero, en ese ca-

so, para que toda la eficacia de la ofrenda se transmitiese sobre el que la ofrecía. El holocausto (palabra que significa: enteramente quemado) expresa la perfección del sacrificio de Cristo ofreciéndose a Dios en la cruz, y que nos es comunicada por gracia. Además, el holocausto es la más alta expresión de lo que un creyente puede ofrecer a Dios por medio de Cristo en el servicio de adoración.

La ofrenda (o presente) hecha de flor de harina, sustancia ésta contenida en “el grano de trigo”, suave, pegadiza al tacto, sin asperezas, de blancura inmaculada, simboliza, por su parte, la vida santa y pura de nuestro Señor Jesucristo, cuando estuvo aquí abajo, o sea, su perfecta humanidad. En el capítulo 2 del Levítico tenemos detalladas las diferentes formas de cocinar ese presente de flor de harina, las cuales simbolizan los distintos grados de los sufrimientos de Cristo, cada vez más intensos, a los que fue sometida su vida perfecta hasta culminar en el Gólgota.

Con el sacrificio por el pecado, la purificación del leproso queda pues consumada. Ahora repasa en su espíritu la vida que llevó anteriormente fuera del campamento, luego su purificación y su presentación a Dios. Sobre él ve aquella sangre que borró todos sus pecados. Es consciente de su nueva y maravillosa posición de rey y de sacerdote en la cual acaba de ser introducido. Su mirada va tras el humo que sube de la “ofrenda por el pecado” que lo purificó de su “yo” incurable... ¡Qué historia la suya! ¡Qué gratitud debe brotar de su corazón!

¿Qué puede ofrecer ahora a Dios, quien hizo tanto por él? Su corazón desborda de alabanzas y de adoración; entonces ofrece el holocausto, ofrenda que da a Dios un anticipo del “olor grato” que subirá de la cruz... También ofrece el presente de “flor de harina”, que representa la vida de Cristo, pura y sin tacha, vida tan diferente de la suya. Así el leproso limpiado no solamente está aquí en la posición de rey, de sacerdote, sino también en la de adorador. Allí lo dejaremos prosternado ante el holocausto cuya fragancia sube hacia Dios, y podremos oírle exclamar como el embelesado salmista en el Salmo 23:5:

*“Unges mi cabeza con aceite;
Mi copa está rebosando”.*

Lector creyente, estas experiencias, este camino, no son otra cosa que sus experiencias y las mías, su camino y el mío. ¡Gracia infinita! Dejemos que ella obre para inclinar nuestros corazones hacia un amor más ardiente por Aquel que todo lo ha hecho a nuestro favor.

Aplicación actual

Hemos visto en el cuadro del leproso que fue hecho apto para estar en la presencia de Dios, el aspecto que nos habla de nuestra entrada en las moradas celestiales, en las glorias de la casa del Padre. Pero creemos que esta maravillosa figura puede ofrecer una aplicación más para el tiempo actual, y que encierra a la vez una lección importante.

En efecto, Dios nos considera **desde ahora** como resucitados de entre los muertos y sentados en lugares celestiales en Cristo Jesús. Así lo leemos en el capítulo 2 de la epístola a los Efesios: “Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo... y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús, para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia” (Efesios 2:4-7). Observemos que Dios ya hizo esto. No tenemos, pues, necesidad de esperar nuestra entrada en los atrios celestiales para gozar de los bienes que nos ofrece el “octavo día”, puesto que éste, para el creyente de la época de la gracia, está comprendido en el “primer día de la semana”. Si alguno está en Cristo, nueva creación es: las cosas viejas pasaron, he aquí todas son hechas nuevas... somos aceptos en el Amado. Ahora mismo, somos santos en Él, sin mancha, irreprochables delante de Dios; estamos sentados en los lugares celestiales en Cristo. Pero, no lo olvidemos, la presentación del leproso purificado ante Dios sólo se cumplirá en toda su plenitud cuando pisemos los umbrales celestiales.

¡Cuán dulce y placentera es la casa paterna!

La noche ya pasó, brilla el día eternal;

Muy lejos de esta tierra,

En Cristo el alma entera

Gustará del amor el solaz celestial.

Mientras tanto, nos es necesario entrar en el santuario, a la presencia de Dios, para poder andar como cristianos en este mundo. ¡Que el Señor nos conceda la gracia y la fuerza suficientes para caminar de una manera digna de las insignias sagradas que llevamos! Como vimos en el capítulo anterior, estamos marcados con la sangre del sacrificio por la culpa; esa sangre expió nuestros pecados. Fuimos comprados por ella, ya no somos nuestros. Velemos cuidadosamente, pues nada que deshonre a Aquel que derramó su sangre debe entrar por nuestra oreja marcada con esta sangre. Esta señal, sin embargo, no implica sólo un aspecto negativo; también nos indica un lado positivo. ¡Que mi cabeza con su inteligencia, mis oídos, mi boca, mis ojos, en una palabra, todo, pertenezca a Cristo y sólo a Él para siempre! A través del oído de Eva, Satanás encontró la

puerta para entrar en el alma humana, y sabemos bien cuántos estragos cometió allí. La oveja, por su parte, oye la voz del buen Pastor, le presta oídos atentamente, le conoce y le sigue. “Mirad lo que oís”, dijo el Señor al principio de su ministerio (Marcos 4:24). Desde la gloria magnífica la voz de Dios el Padre declaró: “Éste es mi Hijo amado; a él oíd” (Lucas 9:35).

Así como en la parábola del hijo pródigo, mi mano, que otrora se hallaba bajo el poder de Satanás, fue rescatada por la sangre preciosa de Cristo, y lleva ahora el anillo de la casa del Padre (Lucas 15:22), y está al servicio del que la rescató:

“ Todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús (Colosenses 3:17).

Mis pies, que pisaban sendas carnales y de propia voluntad, que “no conocieron camino de paz”, llevan ahora la marca de la redención. Se operó un cambio: “¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz...! (Romanos 3:17; 10:15). “Calzados los pies con el apresto del evangelio de la paz” (Efesios 6:15).

Recuerdo la visita que hizo un siervo de Dios a una familia cristiana, en la cual una amable joven se había convertido hacía poco tiempo; pero, no había cortado de raíz con el mundo y sus placeres para andar sincera y decididamente en pos de Cristo. Aprovechando un instante en que se hallaban solos, ella preguntó:

–Señor P., ¿es cosa mala bailar?

–Esto depende de lo que le pasó al pulgar de su pie derecho –fue la respuesta.

–¿Qué quiere decir usted? –respondió la joven sorprendida.

El hermano leyó entonces los versículos que nos ocupan en este momento, mostrando a su interlocutora los derechos de Cristo sobre los que hacen profesión de estar bajo el beneficio de su muerte. Conmovida hasta el alma abandonó el baile, el mundo, y gozosa marchó por la senda estrecha en pos de su Señor. Jamás olvidó la lección aprendida con provecho.

Las señales que llevo en mi oreja, en mi mano y en mi pie testifican que yo ya no me pertenezco: he sido comprado por precio; por lo tanto, glorificaré a Dios en mi cuerpo (1 Corintios 6:19-20). “No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias; ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros

a Dios como instrumentos de justicia” (Romanos 6:12, 13). Al oír tales exhortaciones, nos preguntamos: “Para estas cosas ¿quién es suficiente?”, ¿quién puede llevarlas a la práctica? Cuanto mejor conozcamos nuestra incapacidad, tanto más ferviente será nuestra respuesta: “No que seamos competentes por nosotros mismos... sino que nuestra competencia proviene de Dios” (2 Corintios 2:16; 3:5).

Lo que venimos diciendo recuerda la escena en la que el sacerdote, después de haber esparcido el aceite siete veces delante de Jehová, aplica ese mismo aceite sobre el leproso, encima de la sangre del sacrificio por la culpa. Jamás podríamos aventurarnos en este mundo de perdición y permanecer indemnes, si sólo tuviéramos sobre nuestros miembros la sangre del “sacrificio por la culpa”. Gracias a Dios, esta sangre está cubierta de aceite. El poder del Espíritu Santo nos guarda de deshonorar la preciosa sangre que nos señala como cristianos; nos conduce a lo largo del camino aquí abajo para que andemos en santidad y amor, en pos de Cristo, como es digno de Dios (Efesios 5:1). ¿Estaremos suficientemente agradecidos a Dios por el aceite aplicado sobre la sangre del sacrificio?

Fuimos llevados ya a nuestro real sacerdocio; es verdad que participamos del mismo rechazo que sufrió Cristo, al presentarse a su pueblo como Rey, pero el Espíritu Santo se dirige a nosotros en estos términos: “Sois... real sacerdocio...” (1 Pedro 2:9). Entonces, no esperemos estar en la gloria para llevar a cabo nuestro oficio sacerdotal pues ya somos sacerdotes: “La hora viene, y **ahora es**, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad” (Juan 4:23); Él los buscó y los halló. ¿Y quién hubiera creído que los encontraría entre miserables “leprosos” ahora limpios y allegados a Él, hechos hijos suyos? Sin embargo, tal es la sorprendente verdad. Desde ahora tenemos el privilegio, el infinito privilegio de presentar nuestra ofrenda para el holocausto, del cual no debemos separar la ofrenda de flor de harina; traemos las dos cosas con corazones desbordantes y las ofrecemos a Aquel que lo ha hecho todo por nosotros. “Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo... acerquémonos con corazón sincero” (Hebreos 10:19, 22). Al entrar allí, somos conducidos por el Espíritu “para contemplar la hermosura de Jehová, y para inquirir en su templo” (Salmo 27:4). Por fin, cuando lleguemos a las moradas eternas, exclamaremos como aquella reina de la antigüedad:

“ Verdad es lo que oí en mi tierra de tus cosas y de tu sabiduría; pero yo no lo creía, hasta que he venido, y mis ojos han visto que ni aun se me dijo la mitad
(1 Reyes 10:6-7).

Mi desdicha, mi desdicha!

Cada vez que volvamos a leer esta exquisita porción de la sagrada Palabra veremos brotar nuevos rayos de la gloria divina, de tal modo que nunca diremos que su estudio haya concluido.

Nos surge una pregunta: ¿hasta qué punto aquellos del antiguo pueblo de Dios que se acercaron a Él, según las ordenanzas dadas, pudieron entrever en estas figuras los misterios escondidos en ellas? Pero, ¿no sería más acertado que, como creyentes de la época actual, nos preguntásemos hasta qué punto las comprendemos nosotros, ya que el “velo” del misterio que las cubría nos fue quitado por Cristo? (2 Corintios 3:13-14). Esta pregunta nos lleva a la porción con que concluiré estas líneas:

“ Si fuere pobre, y no tuviere para tanto, entonces tomará un cordero para ser ofrecido como ofrenda mecida por la culpa, para reconciliarse... y dos tórtolas o dos palominos, según pueda (Levítico 14:21-22).

¡Cuántas veces hemos experimentado nuestra pobreza espiritual! ¡Cuán deficiente es a menudo nuestra estimación del sacrificio de Cristo! Pero, no es nuestra estimación la que importa, sino la que Dios hace de Él. Ante todo, notemos que la pobreza del que se purifica no permite reemplazar el sacrificio “por la culpa” ni el sacrificio “por el pecado” con una víctima de menor valor, mientras que el cordero para el holocausto podía sustituirse por dos tórtolas. Significa que si mi apreciación de Cristo se eleva sólo a la altura de lo que simbolizan estas dos aves; sin embargo, mi aceptación y mi propiciación ante Dios, no se hallan perjudicadas en lo más mínimo. Nadie que se haya acercado a Dios por medio del precioso nombre de Jesús fue rechazado por no comprender suficientemente el valor de ese nombre. Nuestra fe puede ser débil, nuestra apreciación de Jesús muy pobre; pero si nos acercamos en ese nombre, Dios, quien conoce su pleno valor y la eficacia de su sangre para limpiar nuestros pecados, nos recibe en su plena perfección. Por real que sea el sentimiento de nuestra insuficiencia, ésta no es un motivo para mantenernos alejados de Dios. Acercuémonos, tal como somos, en ese precioso nombre:

*Al Señor Jesús loemos,
Lo que somos le debemos,
Cuanto por gracia tenemos
Sólo es nuestro en Él.*

Al leer el párrafo comprendido entre los versículos 21 y 32, que se refiere a la ofrenda del que “no tuviere para tanto”, descubrimos que el Espíritu de Dios se deleita en repetir, con la misma abundancia de detalles, la maravillosa escena que acabamos de considerar. ¡Ah!, verdaderamente esta escena es digna de repetirse. Dios nunca se cansa de repetir lo que en su gracia nos dijo de su muy amado Hijo Jesús, ni de contemplar la perfección de su obra. Tampoco nos cansemos nosotros de meditar en ella. ¿Es por casualidad que dos largos capítulos de la Escritura hayan sido consagrados al asunto de la lepra y su purificación?

Los versículos 33 a 53 de nuestro capítulo nos hablan de la lepra que se declara en una casa y el modo de purificarla; este caso sólo podía suceder cuando los hijos de Israel estuviesen en el país de Canaán, ya que en el desierto vivían únicamente en tiendas. Por esta razón este pasaje ilustra lo que podría acontecer en la Iglesia, es decir, el pueblo de Dios en la actualidad, tal como nos lo muestra el caso de la asamblea en Corinto. El Espíritu de Dios nos presenta aquí uno de los más solemnes temas, al que todo verdadero cristiano debe prestar la atención que merece.

Pero este tema y el pasaje que lo desarrolla no está encuadrado en nuestras líneas. Sin embargo, queremos recomendar encarecidamente su lectura a todo creyente que toma a pechos los intereses y el bien del pueblo de Dios aquí en esta tierra.

¡Danos, Señor, mayor poder de tu Espíritu para alcanzar la profundidad y la plenitud de tu Palabra, para descubrir en ella nuevas bellezas...! Señor, “abre mis ojos, y miraré las maravillas de tu ley” (Salmo 119:18).